

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

APULÉE.— *Opuscles philosophiques et fragments*. Texte établi, traduit et commenté par J. BEAUJEU. Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1973, XLIX + 350 pp.

El libro se inicia con una introducción amplia y muy bien documentada sobre las obras filosóficas de Apuleyo y en ella se plantea de forma especial la autenticidad del *De Platone et eius dogmate* y el *De mundo*.

El autor se inclina acertadamente por mantener la tesis tradicional y atribuir estas dos obras a Apuleyo. Su postura no es rígida ni dogmática; nos expone un conjunto de argumentos de diverso tipo, que inducen al lector a tomar la misma decisión.

Previamente nos expone con detalle el *status quaestionis* y las diversas opiniones sobre el tema, que pueden resumirse así:

1. Axelson cree que las dos obras no pertenecen a Apuleyo. Su argumento principal son las cláusulas métricas, muy diferentes en estos dos tratados a las del resto de su producción.

2. J. Redford no toma partido por ninguna solución y su opinión, indecisa, la expone con las siguientes palabras: «Non possumus iudicare».

3. Tanto G. Baura como el autor del trabajo, con prudencia y cautela, creen que estas dos obras son también de Apuleyo. En estos problemas, como en otros muchos de la filología clásica, no se puede obtener una certeza absoluta.

Esta última opinión nos parece a nosotros acertada. La diversidad de cláusulas métricas no es un criterio suficiente para negar la paternidad de Apuleyo para estos dos tratados; sobre todo si tenemos presente que su análisis y su estudio no ha sido desarrollado suficientemente.

Ya en este prólogo, el autor demuestra un conocimiento exhaustivo del tema. La bibliografía es muy numerosa y Beaujeu la conoce y la cita con mucha frecuencia, haciendo gala de una erudición que vamos a observar en toda la obra.

Hay también en estos tratados algunas diferencias estilísticas que el autor explica, con muy buen criterio, como variantes de un mismo autor en obras diversas. Cita Beaujeu acertadamente el caso de Tácito y se pueden añadir el de Cicerón, Cervantes y otros muchos. Estas diferencias se comprenden con facilidad, si pensamos en la diversidad de géneros literarios que Apuleyo escribe.

Este argumento merece, en nuestra opinión, una consideración especial, y creemos que el autor no desarrolla toda su fuerza. Las tres obras filosóficas de Apuleyo no pertenecen al mismo género literario. El *De deo Socratis*, más que un tratado filosófico, es una conferencia literaria y artística, similar, por su público y por su finalidad, a las *Floridas*. Por ello, este tratado está mucho más próximo estilísticamente a las restantes obras de Apuleyo que a los tratados filosóficos. Nosotros creemos que los géneros literarios se definen no

sólo por el contenido, sino también por el fin, el público, la forma cómo se tratan los temas, etc.

Esta diferencia de géneros la expone Beaujeu en otras partes de la obra, pero no la utiliza como argumento decisivo para explicar la variedad de estilo en las diversas obras.

Termina su argumentación con una serie de concordancias, temáticas y culturales, y con la enumeración de unas «constantes filosóficas, comunes a todos los escritos de Apuleyo, que inclinan al autor y al lector a considerar estas obras como auténticas.

La datación de las diversas obras está relacionada con la autenticidad. Las dos hipótesis presentadas hasta hoy, están de acuerdo en situar estos dos tratados en una época diferente a la del resto de la producción. Algunos investigadores se inclinan por una datación temprana de estas dos obras, basados principalmente en su menor perfección formal. El autor cree que son tardías y posteriores al resto. La diversidad literaria se explica por las razones ya citadas.

El texto de las obras filosóficas presenta grandes dificultades para su edición, aunque los trabajos de Goldbacher, Rhode y especialmente de P. Thomas tienen un rigor extraordinario. El autor, que reconoce los méritos de este último editor, ha tenido el acierto de conceder importancia a los manuscritos *recentiores*, escasamente valorados por Thomas. Las innovaciones textuales no son muy numerosas, pero acertadas, y recogen también las aportaciones del *Index* de Apuleyo.

Mención especial requiere la traducción. A ningún filólogo clásico se nos escapa la dificultad de traducir un texto científico de la Antigüedad. La prosa científica antigua es, en su sentido sustancial, literatura, sin que por ello deje de ser ciencia. Esta ambivalencia del texto latino es muy difícil de mantener en las lenguas modernas, obteniendo unos textos de forma y contenido disociados, ni suficientemente literarios ni suficientemente inequívocos como para pasar por prosa científica. A esta dificultad genérica se añade otra más concreta: la dificultad de expresar en nuestras lenguas unos conceptos filosóficos de otras culturas.

Todas estas dificultades se resuelven con bastante acierto en la presente traducción. Unas veces se mantiene el término latino; otras, se cambia por un término nuevo. Lo importante es ser fiel al mensaje, alterando el código, si esto es necesario. Para resolver todos estos problemas, es necesario un amplio dominio de la materia que se traduce y que el autor demuestra sobradamente. Nuestra única objeción es que en algunos pasajes se recurre a perífrasis amplias, innecesarias, y, de esta forma, se pierde un poco la precisión del original.

La traducción va seguida de un amplio comentario que explica todos los aspectos de la obra. Su extensión, más de ciento cincuenta páginas, ya es un indicio de su intensidad y de su densidad. También el autor ha tenido el acierto de hacer dos comentarios diversos. Uno de tipo sintético y global para el *De deo Socratis* y otro analítico y dirigido a términos aislados en los dos tratados restantes. Este último es mucho más útil para unas obras técnicas, que requieren notas muy numerosas. Estos comentarios descuidan un poco el aspecto literario. No debemos olvidar el carácter ambivalente, ya citado, de las obras científicas de la antigüedad clásica.

La obra posee un rigor en diversos campos: edición, comentarios, traducción, ambientaciones literarias, etc. Podemos citar, por ejemplo, la historia de la demonología en la antigüedad, la exposición del neoplatonismo, etc. El autor posee un conocimiento total de la época, de Apuleyo y de su mundo cultural y filosófico. Para realizar estos trabajos es necesario dominar la filología y sus técnicas y, a la vez, la materia científica que tratan los autores antiguos. Para este caso concreto, nos parece que J. Beaujeu era la persona adecuada, como nos demuestra en este libro y ya habíamos intuido por sus obras anterio-

res. También debemos agradecer al autor que nos descubra aspectos de una época sugestiva y olvidada con mucha frecuencia por los filólogos clásicos.

GREGORIO HINOJO ANDRÉS

BUSTO SAIZ, JOSÉ RAMÓN.—*La traducción de Símaco en el libro de los Salmos*. Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» de la Biblia Políglota Matritense. Madrid, Instituto Arias Montano del C.S.I.C., 1978, XXVI + 756 pp.

El contenido del libro trasciende a su título. José R. Busto no sólo presenta una edición de los textos seguidos conservados de la traducción de Símaco del libro de los *Salmos* con su correspondiente estudio, sino una serie de adendas cuyo valor y utilidad hacen este trabajo imprescindible para todo aquel que se asome a los problemas de la tradición textual de *Septuaginta*.

El lector encuentra en primer lugar un estudio detallado y concreto de la traducción desde el punto de vista léxico y gramatical, donde las técnicas empleadas por Símaco quedan ejemplificadas, y el acceso a ellas facilitado por un índice de partículas muy completo (pp. 341-345).

Las listas de lecturas rechazadas o rescatadas para Símaco que acompañan a la edición ponen de manifiesto la exhaustividad de las fuentes y el buen criterio del autor, aunque no exprese sus razones para esta selección.

Otra gran aportación práctica para los estudios de la lengua griega y del léxico bíblico, siempre en relación con el hebreo, son los índices finales griego-hebreo y hebreo-griego que nos ofrecen un doble interés: el de recopilación y ordenación de los términos empleados por Símaco en los *Salmos* y el de ir ampliando las *Concordancias* de Hatch y Redpath con los materiales de las versiones griegas recientes (para Aquila contamos con la obra de J. Reider - N. Turner *An Index to Aquila*, Leiden 1966). Llamamos la atención sobre las notas a pie de página, de sumo interés para el problema de la *Vorlage* hebrea, subyacente en los léxicos bíblicos donde las lecturas del texto-origen pueden diferir de los testimonios con los que contamos.

En la misma línea de utilidad de esta obra resaltamos lo que el autor llama «conclusiones» (término obligado por tratarse de una Tesis Doctoral), que corresponde a un amplio resumen cuyo orden y claridad facilita el acceso a cualquiera de los puntos más extensamente expuestos en páginas anteriores.

El estudio que enmarca la traducción de Símaco en el mundo helénico-judío y su relación con los demás textos bíblicos en curso, presenta una interesante panorámica. Viene desarrollado en dos capítulos, uno sobre «Símaco y la historia de la Biblia Griega» y otro sobre «La persona de Símaco» (pp. 287-328). En ellos se recogen las opiniones hasta ahora expuestas, especialmente la de J. D. Barthélémy en *Les Devanciers d'Aquila*, que sirven de base a la tesis de J. R. Busto por la que Símaco queda incluido en el marco de las revisiones de *Septuaginta* que surgen en un intento de aproximación al texto hebreo: la tendencia interpretativa del rabinato palestinese culmina con Aquila, que consigue una literalidad deformante para la sintaxis y el léxico de la lengua griega, mientras que Símaco alcanza la acomodación del texto bíblico a la lengua literaria propia de un judío muy helenizado que escribe para judíos a su vez con un alto grado de helenización. Los porcentajes de proximidad con el texto de *Septuaginta* y con las recensiones *καίγς* y Aquila confirman esta teoría (p. 296).

Sería innecesario alabar la extensa documentación bibliográfica en esta obra de capital importancia donde no encontramos «lagunas simaquianas», sino un sólido punto de partida

para estudios más generales sobre las versiones griegas de la *Biblia* y su tradición textual. Así mismo el espléndido prólogo de Natalio F. Marcos, que sitúa el trabajo de J. R. Busto en el contexto de la *Septuaginta* prehexaplar, poniendo de relieve los problemas que se recogen en el libro.

M.^a VICTORIA SPOTTORNO

PLOTINI.— *Opera, II: Enneades IV-V*. Ediderunt PAUL HENRY et HANS-RUDOLF SCHWYZER. Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis. Oxford, University Press, 1977, XXXVI + 302 pp.

El vol. II de la *editio minor* de *Plotini Opera* presenta las mismas características de manejabilidad, escrupulosidad y puesta al día que el vol. I aparecido en 1964: omisión del *apparatus testium* salvo cuando es conveniente para el restablecimiento del texto, reducción drástica del *apparatus lectionum* (aun así se registran conjeturas no reseñadas ni siquiera en los *Addenda* del vol. III de la *editio maior*), pero ampliación generosa, en cambio, del *apparatus fontium* con la incorporación de un largo centenar y medio de nuevas fuentes. La constitución del texto se basa fundamentalmente en el cotejo de quince códices de las *Enéadas*, trece primarios y dos secundarios, distribuidos en seis familias, o en siete a partir de IV 9, 3, 6 en que la familia x se desdobra en dos. Subsidiariamente los editores se han servido además de la tradición indirecta, principalmente de la *Praeparatio Evangelica* de Eusebio, que les ha permitido no sólo suplir la gran laguna de IV 7, sino también rechazar por contrarias al texto unánime o casi unánime de ambas tradiciones sesenta y ocho conjeturas de diversos autores referentes a IV 7 y V 1 y mejorar el texto de las *Enéadas* en cinco casos, y de los *Arabica* (*Theologia Aristotelis*, *Epistola de Scientia Divina* y *Dicta Sapientis Graeci*), que les ha permitido confirmar conjeturas referentes a IV-V en dieciséis casos: a las listas de los vols. II-III de la *ed. maior* (II *Praef.*, p. xxxiv y III, p. 331) hay que añadir ahora IV 4, 1, 18 $\nu\phi$ Kleist (*codd.* $\alpha\nu\omega$).

La novedad principal de este segundo tomo de la *editio minor* radica en el texto o en la puntuación del texto; la lista de cambios (cf. *Praef.*, pp. xiii-xxiv) asciende a más de cuatrocientos. En este sentido ya los *Addenda* del vol. III de la *editio maior* (cf. EMERITA 43, 1975, pp. 169-196) eran en cierto modo una prefiguración de la *editio minor*; pero los cambios introducidos en ésta no son una mera reproducción de aquéllos; no en vano han pasado cuatro años, y los editores han reservado a los lectores no pocas sorpresas, casi todas agradables, de última hora. En efecto, la mencionada lista de la *Praefatio* contiene noventa pasajes, marcados con asterisco, de cambios no registrados en los citados *Addenda*, y al final de la *Praefatio* se dan otras dos listas: ocho casos en los que los editores vuelven a la *editio maior* y once en que retiran lecciones adoptadas en los *Addenda* del vol. III. Ciñéndonos a este centenar y pico de casos en que los editores discrepan del texto o de la puntuación del texto adoptados en los *Addenda* del vol. III, mi impresión es sumamente favorable; en casi todos el texto o la puntuación del texto de IV-V salen evidentemente mejorados. Quedan algunos casos más controvertibles: IV 2, 1, 31-32 $\pi\rho\acute{o}s$ τοῦ αἰσθητοῦ, «del lado de lo sensible», parece más conforme que $\pi\rho\acute{o}$ τοῦ αἰσθητοῦ con la evidente intención de contrastar un divisible primario y otro secundario en el reino de lo sensible con un indivisible primario y otro secundario en el reino de lo inteligible. IV 3, 32, 6 ἐκοινώνησε se ajusta al contexto mejor que ἐκοίνωσε. Cf. 31, 18 οἶον ἑταίρων ὁμιλίαις φυλοτέρων λαβόντες ποτὲ κτλ. IV 4, 25, 3 Probablemente hay que leer τῆδε < δὲ > ψυχῆ, preferible a ἢ δὲ ψυχῆ Theiler (*codd.* τῆ < δὲ > ψυχῆ). IV 6, 1, 28 Creo que tanto τοσοῦτου

δη (Creuzer) como τοσοῦτου γε (Kirchhoff) son paleográfica y estilísticamente preferibles a τοσοῦδε (*codd.* τοσοῦτου δὲ A¹xC: τοσοῦτον δὲ U). V 8, 2, 9 No se ve razón decisiva para eliminar οἷα ὕλη. La figura en cuanto figura es mero límite y, en cuanto tal, terminal, elemental y simple y, en ese sentido, parecida a la materia. Hay además dos pasajes en que el texto adoptado tanto en la *editio maior* como en la *minor* debe ser corregido de conformidad con el contexto: V 5, 7, 12 ὑπέκειτο (*codd.* ἐπέκειτο). La defensa de Cilento en *Paideia Antignostica* no resulta convincente. V 3, 15, 23-24 ὅτι μεγάλην ἀρχὴν no ofrece un sentido satisfactorio. Sugiero ὅτι μετὰ τὴν ἀρχὴν. Hay algunas pocas erratas, de las que la más importante es la de V 1, 9, 9 πάλιν αὐτὸ πρῶτον, léase πάλιν αὐτὸ οὐ τὸ πρῶτον. Este segundo tomo de la *editio minor* de *Plotini Opera* es una nueva prueba del buen hacer filológico de Paul Henry y Hans-Rudolf Schwyzer, por el que hay que felicitarles efusivamente y desearles un feliz remate a su ya larga tarea con la pronta publicación del tercero y último volumen.

J. IGAL

HYGINI *qui dicitur De Metatione Castrorum Liber*. Edidit ANTONIO GRILLONE. Leipzig, G. Teubner Verlagsgesellschaft, 1977, XXIV + 28 pp.

La presente edición de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana* consta de una introducción que comprende la *Praefatio*, una bibliografía y un resumen excelente de la obra editada. Sigue el texto con el aparato crítico muy completo. Al final unos gráficos de Alexandro Zincone ofrecen una gran ayuda para la comprensión del texto y serán de la máxima utilidad para quien desee entender y explicar la estructura y disposición del campamento romano. Un *Notabilium Index* cierra el folleto. En la *Praefatio* el editor deriva todos los mss. del A (s. VI) en triple descendencia. Acompaña el *stemma* una breve explicación en la que el lector gustaría quizás de encontrar algunas siquiera de las variantes principales que lo cimentan. Grillone sitúa nuestra obra a principios del s. III. El autor sólo es conocido por su libro. Sería un agrimensor y entendido también en el arte militar. Tampoco se sabe su nombre, pues la *subscriptio liber grammatici Hygini de diuisionibus agrorum explicat* no se refiere a nuestro libro sino a los de Higinio gramático. En un breve elenco reseña las cinco ediciones y alude a los filólogos que se ocuparon del texto. Este nos ha llegado corrupto en muchos lugares, para cuya enmienda nuestro editor adopta un criterio conservador y se atiene lo más posible al ya mencionado ms. A, sin olvidar el uso y estilo del autor, que, por ejemplo, no observó el recto uso de los modos y tiempos. En la división de los capítulos conserva la distribución de Lange del año 1848. Un apartado relativo al tema de la obra titulado *Ad castra legenda* es como una introducción a la lectura del texto. Los párrafos reunidos bajo el epígrafe *De constituendo vel explanando textu* son un breve comentario a las enmiendas más importantes introducidas por Grillone por razones de contenido y en función de otros pasajes de la misma obra. Muy probablemente el lector echará de menos un párrafo siquiera sobre aspectos paleográficos, a cuya consideración se prestan muy especialmente las correcciones de algún pasaje como, por ejemplo, 36, p. 14, 4-8, presentado por A. Oxée en estos términos: *poterit esse tensura cohortium III: faciunt pedes DCCXX. uexillariis DC cedit, quod numerus occupat: pedes CCXL. reliquis pedes CCXXX, quo VI hemistrigia nascuntur. quot sunt uiae? uicenaria ima super cohortem primam, item uiae numero quattuor pedum denum: fit in uias pedes LX.* Grillone introduce las enmiendas: *poterit esse tensura cohortium III; faciunt pedes DCCXX, ex quibus decedit, quod numerus occupat, pedes DXL: reliqui pedes CLXXX, quo VI hemistrigia nascuntur. ut non uicenaria uia super cohortem primam, item numero quattuor, pedum denum: fit in uias pedes*

LX. La mayoría de estas conjeturas suponen en el amanuense un error de cálculo en los palos similares en palabras cuyos trazos son sumamente parecidos y de fácil confusión sobre todo en la llamada escritura cursiva romana. Un estudio sobre la corrupción de los números hubiera sido interesante también. El editor demuestra un conocimiento completo y profundo del texto cuyo aparato crítico reúne todos los datos necesarios. Esta edición será imprescindible para quien desee investigar la lengua y el estilo de la obra que reseñamos muy elogiosamente.

ÁNGEL ANGLADA

ZELZER, K.— *Die alten lateinischen Thomasakten. Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur*, 122, Berlín, Akademie-Verlag, 1977, LVIII-144 pp.

Se trata aquí de la edición crítica de la *Passio sancti Thomae apostoli* y del *De miraculis beati Thomae apostoli*, escritos englobados por el autor bajo el título general de «Hechos del apóstol Santo Tomás». Las dos obras latinas que aquí se editan dependen de un original griego, pero ninguna de ellas en la forma actual es una traducción de un texto griego conservado. Los dos escritos latinos están íntimamente relacionados entre sí y tienen incluso partes comunes, pero los *Miracula* en su primera redacción parecen anteriores a la *Passio*, aunque en la redacción actual conservada son posteriores.

Respecto a la fecha de composición, el autor opina que la *Passio* puede fecharse hacia la segunda mitad del siglo IV, mientras que la primera redacción de los *Miracula* sería algo anterior. Rechaza, pues, la hipótesis de Lipsius, aceptada luego por Bonnet, de que el autor de los *Miracula* habría sido Gregorio de Tours. Para él, los dos escritos son anónimos.

Por lo que respecta a la edición de los textos, cabe señalar que el autor toma en consideración todos los manuscritos hasta finales del siglo X, atendiendo más a su antigüedad que a su valor. Examina detenidamente la difusión de la tradición por los distintos países y regiones, la época en que comenzó a conocerse, cómo se ha conservado en los distintos manuscritos y el valor de cada una de estas tradiciones. Da luego la lista de las variantes de los distintos grupos de manuscritos y la lista completa de los mismos hasta finales del siglo XII. Describe a continuación los manuscritos que efectivamente utiliza en la edición crítica de las dos obras, y que son 17 para la *Passio* y 8 para los *Miracula*.

En todo este meticuloso y detallado análisis no hemos encontrado, sin embargo, una justificación clara de por qué utiliza unos manuscritos y no otros, ni tampoco hallamos un *stemma codicum* que aclare o justifique la selección de los mismos.

La edición va acompañada de un voluminoso aparato crítico, y eso que prescinde de las variantes puramente ortográficas y de las variantes en la transmisión de los nombres propios. Y termina con los consabidos índices de autores, nombres, expresiones notables e índice gramatical. Estos dos últimos índices suplen, en parte, la ausencia de un estudio sistemático de la lengua y estilo de las obras. Echamos de menos, sin embargo, un estudio comparativo del léxico, y en general de la lengua, de estas dos obras con el léxico y la lengua de la *Biblia* latina, y en concreto de la *Vulgata*, estudio que quizá hubiera proyectado nueva luz sobre la época de composición de las obras.

En definitiva, tenemos aquí una edición crítica, preparada con toda meticulosidad y esmero, de estas dos obras de la literatura cristiana antigua, que desde ahora agradecerán al autor los estudiosos del latín cristiano.

O. GARCÍA DE LA FUENTE

GIL DE ZAMORA, JUAN.—*Dictaminis epithalamium*. Ed. CH. FAULHABER. Pisa, Pacini, 1978, 227 pp.

Siguiendo la línea investigadora de la que es muestra su anterior obra: *Rhetorical Theory in thirteenth and fourteenth century Castile*, Los Angeles-Berkeley 1973, Faulhaber nos ofrece la edición crítica de una obra de Juan Gil de Zamora, obra perteneciente a la serie medieval de las *Artes dictaminis*.

La obra consta de una breve introducción referente a la biografía del autor, a las características de su obra, a los rasgos de lengua y estilo, así como a la tradición manuscrita. Sigue la edición de la obra, acompañada de notas muy escuetas, casi siempre relacionadas con las fuentes, y termina con el aparato crítico. Sigue la bibliografía, abreviaturas y varios índices: de fuentes, de comienzos de tratados, *exordia*, etc., y de nombres.

La introducción es explícita en lo que se refiere a la biografía, tan falta de datos, de Juan Gil de Zamora. Se echa de menos, en parte, un tratamiento más extenso de los que significa en la Edad Media este tipo de escritos y, sobre todo, un intento de situar este *ars dictaminis* en particular dentro de las tendencias a que Murphy hace alusión en *Rhetoric in Middle Ages*, Los Angeles-Berkeley-London 1974. Una aproximación a este tipo de visión lo tenemos en alguna observación dispersa sobre la importancia concedida a los *loci communes* que aluden a vicios y virtudes, en la escasa importancia concedida a los aspectos teóricos y en el lugar de honor que ocupa en nuestro tratado la ejemplificación de normas teóricas.

Tiene importancia, por lo que significa dentro de una edición crítica, el apartado dedicado a la exposición de los principios editoriales; la concepción del mismo responde a la necesidad de aclarar al lector cuáles han sido las normas seguidas en la transcripción del manuscrito único: 2128 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Son normas en su mayoría de carácter práctico que, como ya viene siendo usual, aspiran a reconstruir, en el mejor de los casos, la grafía del momento en que se escribió el manuscrito: siglo XV. Distinto es el caso de la sintaxis que, como nos dice Faulhaber, responde a la tónica del latín del siglo XIII.

En cuanto a las siglas utilizadas en la edición crítica, se echa de menos que no se hayan adoptado las normas más habituales: corchetes angulares para las conjeturas y cuadrados para la supresión de lecturas que se encuentran en los manuscritos.

Pasando al cuerpo de la edición propiamente dicho, en su conjunto resulta muy clara, aunque la colocación del aparato crítico al final dificulta su consulta. Únicamente cabría poner una ligera objeción: el afán por seguir de cerca la lectura del manuscrito no es uniforme. Así, se hace evidente en casos como el que podemos ejemplificar en la p. 30, en el índice del capítulo VI, donde, junto a ablativos con desinencia en *-iis*, encontramos otros con desidencia en *-is* pertenecientes a la misma declinación: *amatoriis*, *recomendatoriis*, pero *desolatoris*, etc., si lo comparamos con la corrección de *Flacus* en *Flac[c]us* en otro lugar. Parece quedar a criterio del editor el normalizar o no normalizar las formas; es el mismo caso que permite al editor mantener la lectura *auelle et erigere* (p. 57, 18), y, sin embargo, corregir *de hac (ista)*, supresión que considero no pertinente por otro lado (p. 51). Sin embargo, esto no son más que detalles aislados que no empañan el valor de la edición, y que son indicio claro de las enormes dificultades que ofrece una edición crítica, aun cuando en ella sólo entre en juego un manuscrito.

CARMEN CODOÑER

SENECAE, L. ANNAEI.—*Dialogorum libri duodecim*. Recognovit breuique adnotatione critica instruxit L. D. REYNOLDS. Oxonii, Clarendon Press, 1977, XX + 327 pp.

La *Bibliotheca Oxoniensis* aumenta un poco su reducido, pero valiosísimo, *corpus* de obras latinas con la publicación en un volumen de todos los *Diálogos* de Séneca, en nueva edición de L. D. Reynolds, el profesor oxoniense que en 1965 ofreció en la misma colección una magnífica edición de las *Epístolas a Lucilio* en dos volúmenes.

Como es sabido, la tradición manuscrita de los *Diálogos* cuenta con un estupendo manuscrito de finales del siglo XI, el *Ambrosianus* C 90, corregido hasta el siglo XIV por seis «manos» distintas. Todos los editores reconocen su valía como muy superior a la de la numerosa serie de manuscritos *recentiores*, que se escalonan entre los siglos XII y XIV.

A partir de la edición fundamental de M. C. Gertz (Copenhague 1886), los diferentes editores de los *Diálogos* apenas difieren en sus consideraciones con respecto a la tradición y su utilización (así, E. Hermes, Leipzig 1905; A. Bourgery y R. Waltz, París 1922 ss.; G. Viansino, Torino 1963; etc.) Para concretarlas de algún modo, consisten éstas en un respeto unánime de las lecturas de la primera mano del *Ambrosianus*, utilizando los *recentiores* sólo para sus defectos evidentes y en sus omisiones, en concreto, de modo muy especial, en el *Ad Polybium de consolatione*, cuyas páginas, a excepción de la última, fueron arrancadas del *Ambrosianus*, así como el comienzo del *De ira*. En segundo lugar, se encuentran los editores con el problema de la irregularidad asombrosa de la ortografía de dicho manuscrito, variante sobre todo en la reproducción de las palabras compuestas (*extruxit, extruxit; impotentis, impotentis; affectum, adfectum; etc.*).

Como consecuencia de todo ello, es curioso observar la afortunadamente mínima divergencia entre unas ediciones y otras en nuestro siglo. Así, una comparación del nuevo texto oxoniense de Reynolds con el parisino de Bourgery y Waltz, se puede resumir en estas concomitancias: a) su deuda común para con el texto hauniense de Gertz, ya recordado, que les permite reducir el aparato crítico a un mínimo indispensable, remitiendo a la edición de éste para el detalle pormenorizado; b) la práctica identidad de la mayoría de las lecturas, si bien con la excepción de que Bourgery y Waltz ofrecen casi siempre grafías asimilantes (*affectus, collocaretur, etc.*), frente a Reynolds (*adfectus, conlocaretur, etc.*); c) su semejanza casi total, incluso en los textos en que el *Ambrosianus* falta, esto es, en la *Ad Polybium* o el comienzo del *De ira*. (Es de advertir, en este diálogo, el intento de Reynolds de rellenar la laguna existente entre los párrafos 2 y 3 con la inclusión de las definiciones de la cólera dadas por Martín de Braga, *de ira* 2, y por Lactancio, *de ira Dei* 17, 13.)

Por supuesto, estas consideraciones no pretenden en absoluto disminuir los méritos de la labor del profesor Reynolds. En su edición hay que destacar la interesante *Praefatio* que, dentro de esa laudable brevedad que es norma en la colección, presenta un estado de la cuestión textual muy acertado y en un bellísimo latín humanista; la disposición de un doble aparato, con fuentes y *testimonia* en la parte superior, y con lecturas (exclusivamente las significativas) en la inferior: un aparato útil, breve y claro, muy bien calculado, que sólo aumenta lo indispensable en *Ad Polybium*; por último, no falta el siempre deseable *Index nominum et locorum*.

En tan útil volumen, con edición magnífica de todos los *Dialogi* de Séneca, tan cuidada tipográficamente y bellamente presentada como es habitual en la Oxoniense, resulta poco menos que impertinencia señalar una faltilla, la omisión de un artículo, al citar en la nota 2 de la página xiii el trabajo del profesor Fontán «Algunos códices de Séneca en bibliotecas españolas y su lugar en la tradición de los diálogos», publicado en *EMERITA* 17, 1949 y 22, 1954. En resumen, nuestra felicitación más sincera al profesor Reynolds y a la *Bibliotheca*

Oxoniensis, unida al deseo de que se continúe esta labor, hasta la total publicación de la obra en prosa de nuestro filósofo.

ANDRÉS POCIÑA

II. LINGÜÍSTICA

PULGRAM, ERNST; BRICE, W. C.; GRUMACH, ERNST; BARR, JAMES; FRENCH, M. A.; HAAS, W.—
Writing without letters. Edited by W. HAAS. Mont Follick series, Volume IV. Manchester University Press, Rowman and Littlefield, 1976, VIII + 216 pp.

Este interesante libro contiene aportaciones a la teoría de la escritura, de las cuales unas se refieren a una doctrina general, y otras a algunos puntos particulares.

Comenzaremos, como más fáciles, por estas últimas, y señalaremos el interés del estudio de J. Barr sobre «la lectura de una escritura sin vocales», y del de M. A. French sobre la escritura china. Este último trabajo ofrece una muy clara y completa información sobre la escritura china en sus distintas formas históricas y en la significación que tienen para la clasificación de los sistemas de escritura. Para French la escritura china, que puede ser clasificada como pictográfica en su origen, merece ser en su desarrollo calificada como logográfica, y no ideográfica, ya que representa unidades significativas y no «nudas ideas». French explica de una manera muy clara la combinación de elementos fonéticos con los propiamente logográficos en numerosos grafemas. El trabajo de Barr es un penetrante examen de cómo se ha remediado en las escrituras semíticas el inconveniente de no escribir las vocales.

A las investigaciones sobre problemas particulares pertenece también la conferencia póstuma de E. Grumach sobre las escrituras de Creta y el alfabeto griego. Como es bien sabido, Grumach, persona de gran competencia en este campo, se obstinó en negar el éxito de Ventris en su desciframiento del lineal B. Recuerda en este trabajo los descubrimientos de Minos Kalokairinos y del arqueólogo griego Tsountas que precedieron a las excavaciones de Evans en Cnossos, y a continuación coloca la escritura cretense sobre el fondo de las escrituras jeroglífica hitita y chipriota. También es interesante que aduzca las escrituras de Asia Menor (lidia, licia, caria, y especialmente los últimos descubrimientos que él conoció de Frigia) como posibles eslabones entre los silabarios del segundo milenio y el desarrollo del alfabeto con vocales. Desde el punto de vista del alfabeto ibérico sería interesante tener en cuenta esta mediación de las escrituras de Anatolia, que muestran, más o menos seguros, restos de silabismo.

Los otros tres trabajos se refieren a cuestiones generales de escritura. En el que abre el volumen E. Pulgram ensaya una tipología de las escrituras, desde la más primaria, o pictográfica, hasta la más elaborada espectrográfica que halló su realización hace ya veinte años en la *Visible Speech*. Pulgram participa, como otros colaboradores de este volumen, del escepticismo sobre la importancia del principio de la acrofonía en el desarrollo histórico de la pictografía al silabograma y últimamente a la letra en la escritura.

Brice, otro conocido contrario del desciframiento por Ventris del lineal B de Pylos y Cnossos, insiste en la importancia de la escritura no fonética, es decir, pictográfica o logográfica en varios sistemas. Según él la escritura no fonética tendría una importancia mayor de lo que, después del desciframiento del lineal B, se cree, en el lineal A, cuyos documentos compara con los de Susa. Presentar como palindrómicos ciertos fragmentos de Cnossos en lineal B, en los que con toda certeza se lee *a te re te ja o wo ho wa ho wo*

(respectivamente KN 894.1 y 63.2) es un juego, como lo es, y más grande, el conocido *dábale arroz a la zorra el abad*.

El ensayo teórico de W. Haas titulado «Writing: the basic options» es un original examen de las posibilidades de presentar gráficamente un mensaje. Junto a la escritura, que tradicionalmente se ha vuelto abstracta en nuestro alfabeto, hay representaciones «extralingüales», que en el mundo moderno son cada vez más frecuentes en los carteles de las autopistas, en las indicaciones deportivas de las Olimpiadas o en las señales que se usan en los aeropuertos. Haas recuerda que señales pictográficas de este tipo se encuentran en la base de la misma formación de la escritura, lo mismo en chino, donde ha perdurado elaboradísimo este sistema, que en los orígenes de la escritura en Mesopotamia y en Egipto. Distingue Haas en todas las posibles escrituras las que se basan en signos plerémicos (como el ojo en egipcio para significar «ojo» o «ver») o en signos cenémicos o sin contenido (como nuestras letras). El uso moderno de los signos plerémicos en autopistas o aeropuertos se desarrolla con fines especiales, mientras que para el uso general una escritura cenémica, como la de nuestro alfabeto, es mucho más conveniente.

Salvada la tendencia personal de alguno de los autores de este libro contra el evidente desciframiento de Ventris, del que no se puede dudar, se contienen en él, tanto para la historia de la escritura, como para el tema general de la relación entre lengua y escritura, indicaciones muy interesantes.

A. TOVAR

Paleontologia linguistica. Atti del VI Convegno Internazionale di Linguisti (Milano 2-6 settembre 1974). Brescia, Paideia Editrice, 1977, 223 pp.

Dividido en una serie bastante larga de «Relazioni» y unas cuantas «comunicazioni», el volumen ofrece un panorama muy interesante y al día de la paleontología lingüística: casi siempre de la indoeuropea, aunque hay excepciones a favor de la camito-semítica (Fronzaroli y Garbini) y de la bantú (Polomé).

Sobre paleontología lingüística indoeuropea en general son las dos relaciones iniciales de J. Knobloch y de M. Durante. Knobloch hace un esfuerzo, en el caso de unas cuantas etimologías, para reducir a la unidad, gracias al hallazgo de significados concretos, una serie de homófonos del caótico diccionario de Pokorny; y Durante se ocupa de «aspectos y problemas» de la paleontología indoeuropea. Trabajo interesante este último, aunque en él domina la ecepsis sobre los resultados. Punto notable es el hacer retroceder hasta fases muy arcaicas (paleolíticas o mesolíticas) las raíces de varias técnicas neolíticas: *sē(i)-* es 'lanzar' antes que 'sembrar', *siu-* 'coser' viene de *sēi-* 'atar', *sneu-* 'hilar' es antes 'tensor', etc. Habla del antiguo aislamiento del hetito-luvio y del desarrollo del grupo indo-ario (desarrollo en el que incluye el de elementos flexionales, como yo he propuesto). Menos seguro me parece el influjo cultural de este área en una zona que se extiende hasta el antiguo irlandés (religión y poesía).

Este último tema de la poesía es tocado en forma muy sugerente por W. Meid. La relativamente amplia serie de concordancias entre épica homérica y védica la atribuye a una fase reciente del indoeuropeo. Pero hay otras concordancias que se extienden al celta y a otras lenguas más, sobre todo si se tienen en cuenta los conceptos más que la literalidad de las fórmulas. Hay que contar con fases alternantes de transmisión tradicional y de renovación.

Las dos «relazioni» de Gusmani-Fronzaroli, subsumidas en una sobre las lenguas de Asia Menor y Mesopotamia, nos dan un panorama claro y al día de la situación lingüística

de este área. En todos los casos se tiende a pintar la fluidez y complejidad de la situación, en que coexisten y se interpenetran estratos lingüísticos muy diferentes; los autores se niegan en general a extraer grandes conclusiones de tipo histórico, por ejemplo, Gusmani acepta un influjo de la cultura de los kurganes a lo largo de la costa Sur del Mar Negro, pero no cree que propicie un cambio cultural radical. Los «filones» lidio e indo-irano responden, de otro lado, a realidades sociales e históricas diferentes de la primera. Fronzaroli insiste, a su vez, en los elementos presumerios en Mesopotamia. Hay que distinguir, en suma, entre las grandes cristalizaciones históricas de reinos e imperios sucesivos y cambiantes y la base lingüística y social de los mismos.

Siguen luego dos capítulos, de M. Pallottino y O. Carruba, sobre el etrusco y los etruscos. Son bienvenidos como visión actual de un problema muy debatido y sobre el cual no abundan las buenas síntesis. En ambos casos se abre paso la tendencia a considerar el fenómeno etrusco como un fenómeno esencialmente itálico, pero sometido a influjos diversos. Sobre todo, a los minorasiáticos a partir del s. XI a. C.: las coincidencias entre etrusco y lenguas de Asia Menor (de tipo hetita y luvio, sobre todo) se refieren más al vocabulario religioso y cultural que a la morfología.

Esto es, para el indoeuropeista, lo más importante del libro. Pero también tiene interés el adquirir una visión sobre el recentísimo desarrollo de las paleontologías lingüísticas del camito-semítico (que los autores tienden a considerar como sin relación genealógica, incluso el vocabulario semítico común sería de difusión reciente) y del bantú (en estado inicial, quedan abiertos muchísimos problemas sobre la difusión de estas lenguas y culturas). Y hay, todavía, algunas comunicaciones dignas de estudio e interés: por ej. la de P. Ramat sobre «Contribuciones lingüísticas a la historia de los godos» y otras sobre temas más restringidos.

El tema del coloquio y el volumen resultante son, en definitiva, un acierto.

FRANCISCO R. ADRADOS

LANGHOLF, VOLKER.—*Syntaktische Untersuchungen zu Hippokrates-Texten*. Akademie der Wiss. und der Literatur, Mainz-Wiesbaden, Steiner, 1977, 193 pp.

Desde el punto de vista de la lengua los tratados contenidos en el *Corpus* hipocrático (C. H.) pueden dividirse en tres grupos claramente diferenciados; de un lado, aquéllos en los que se observa un cierto cuidado de la expresión, hecho que se manifiesta en una sintaxis correcta y en ciertas preocupaciones estilísticas; a este grupo pertenecen, sobre todo, los autores que proceden del ámbito sofístico (por ejemplo, *Sobre las ventosidades*), o los opúsculos que, si bien proceden de la mano de un médico, van dirigidos a un público más o menos amplio (*Sobre la dieta*, entre otros). Un segundo grupo está constituido por tratados médicos específicos, publicados con vista a los profesionales, pero con una redacción que delata el interés en ser comprendidos por profanos con cierta cultura médica (pongamos por caso *Sobre la naturaleza del hombre*, *Enfermedades*, etc.). Pero hay un grupo de escritos, ciertamente el menos numeroso, que se caracteriza por una redacción descuidada y antigramatical, con frases construidas en forma desordenada y braquilógica que, a veces, los hace casi ininteligibles. Se trata, en estos casos, de notas recogidas con más o menos precipitación (como el tratado *Sobre el corazón*, que sería, en opinión de Leloup, un texto constituido a base de notas tomadas en una conferencia), o bien borradores (como *Sobre los humores*). En este último caso creo que es lícito hablar de un estilo propio de las fichas y de los ἰστορήματα.

Los estudios lingüísticos en torno al C. H. se han venido centrando, hasta hoy, casi exclusivamente en torno a cuestiones léxicas y terminológicas. Y ello es bien comprensible dada la índole de la literatura médica. Pero la sintaxis de los tratados del C. H. es un campo que espera un estudio amplio y completo, que posiblemente descubriera facetas curiosas sobre el estilo y la lengua empleados por los primeros médicos de Occidente. Entre tanto, V. Langholf ha centrado su atención sobre la estructura de la frase de una serie de tratados (*Epidemias* II, IV, VI; *Humores*, *Prorrético*, *Naturaleza del niño*, *Enfermedades de la mujer*) que se caracterizan fundamentalmente por su poca corrección sintáctica. Se trata, casi siempre, de textos de contenido redactado con cierta precipitación, o bien que son el resultado de notas, o meras fichas, en los que la sintaxis, por una razón obvia, está casi ausente, como ya Galeno había observado respecto a algunos de estos tratados (cf. *In Hipp. Epid. VI = C. M. G. V 10, 2, 2, p. 29, 34-35*). Por otra parte puede observarse que buena parte de la literatura médica universal (desde la egipcia a la contemporánea) emplea procedimientos semejantes: no sería difícil, a este respecto, comparar las historias clínicas de los médicos actuales con las hipocráticas, y esta comparación descubriría grandes semejanzas en el aspecto gramatical, en la falta de buena sintaxis, en la frecuencia de las elipsis, etc. Cf. la p. 15 del trabajo que reseñamos, donde se ofrecen algunas historias clínicas alemanas modernas.

Ahora bien, estas semejanzas podrían interpretarse como una dependencia formal de la literatura médica actual respecto de la antigua. Pero no hay tal, y el propio Langholf se inclina, con razón, a interpretar estas semejanzas desde una perspectiva formal más que histórica. Ya Svennung, al estudiar la prosa latina de determinados tratados especializados, observa que puede hablarse de un estilo propio de las notas y los registros (cf. *Untersuchungen zu Palladius und zur lat. Fach- und Volkssprache*, Uppsala 1935).

Para el estudio de esa *sintaxis atípica* Langholf recoge el material y establece una serie de categorías, pasando revista a los casos más representativos. El resultado es un estudio bastante completo, pero no presenta, prácticamente, ningún caso nuevo: la mayoría de las categorías establecidas por el autor están comprendidas también —aunque, naturalmente, la frecuencia es menos alta— en los autores clásicos (Tucídides, Platón, Jenofonte). De hecho, una serie de lingüistas (Havers, Löfstedt, Thurneysen, Schwyzer, etc.) habían ya establecido tales desajustes sintácticos (*nominativus pendens*, absoluto, inconcisión, faltas en la concordancia, etc.). Y resulta altamente extraño que el autor, que reconoce la existencia de tales casos paralelos, no se haya tomado la molestia de remitir a determinados estudios que tratan, precisamente, de tales casos, como el trabajo de Lüdtke sobre el anacoluto en Tucídides, o los estudios de casos paralelos en Platón o Jenofonte realizados por Bachmann y otros.

Cierra el breve estudio una edición, con aparato crítico, de los principales textos que han servido de base para la investigación realizada.

JOSÉ ALSINA

TEODORSSON, S.-T.—*The Phonology of Ptolemaic Koine*. *Studia Graeca et Latina Gothoburgensia*, XXXVI. Göteborg-Uppsala, Almqvist & Wiksell, 1977, 278 pp.

Continuando con la temática de su estudio *The Phonemic System of the Attic Dialect 400-340 B. C.* (Lund 1974), Teodorsson avanza en el tiempo para ofrecernos la presente obra. Constituye ésta, por tanto, un fruto técnicamente maduro, en el que el espíritu crítico y sistemático del autor se expresa ya con total soltura y tiene como puntos de apoyo y comparación las conclusiones del trabajo anterior.

La parte más voluminosa del estudio (pp. 62-208) es un catálogo de variaciones vocálicas y consonánticas observadas en textos griegos egipcios de los tres últimos siglos antes de nuestra era. Como introducción lingüística al mismo, los capítulos 3 y 4 (pp. 36-61) justifican el uso de las variantes ortográficas como punto de partida para el análisis fonético, exponiendo sus limitaciones, y, como conclusión inmediata al catálogo, el capítulo 5 (pp. 209-248) comenta y fija cronológicamente las distintas evoluciones fonéticas particulares.

Pero el interés de este estudio no se limita al simple análisis pormenorizado de vocales, diptongos y consonantes. Por el contrario, tanto las conclusiones (capítulo 6, pp. 249-257) como la introducción (capítulos 1 y 2, pp. 11-35) presentan el fenómeno de la *koiné* ptolemaica inserto en una evolución más general: el ejército, la religión, la educación y el aparato administrativo aparecen como los verdaderos promotores de esa lengua «común» que no podían aportar aisladamente los griegos afincados en Alejandría y Egipto. Estos, en efecto, utilizaban todo tipo de dialectos helénicos, y el único sistema viable para homogeneizar la lengua fue, en cierto modo, la iniciativa oficial. La lengua ática hablada por los mercaderes y juristas atenienses, adoptada desde el siglo V a. C. en las transacciones del Egeo, había sido importada por el aparato monárquico macedónico. Tal lengua se extenderá con Alejandro a Asia y Africa, y los Ptolomeos, mediante escuelas, instrucción militar, etc., la imponen en su reino de forma tan radical que ya a comienzos del siglo III a. C. apenas si se utilizaban otros dialectos en Alejandría. A partir de ese punto, advierte Teodorsson una doble vertiente: por una parte, en las clases cultas que rodean a los monarcas, se mantiene una tendencia purista e inmovilista; por otra, frente a la imposición de una lengua ya superada en la propia Atenas por el lenguaje evolucionado de las clases bajas, las clases medias alejandrinas muestran un afán de evolución (basado sobre todo en la monoptongación de diptongos y en la fricativización del segundo elemento de los diptongos *leul* y *lau/*), muy fuerte en el siglo III a. C. y más debilitado después, que constituye el verdadero objeto de estudio de este trabajo. Ni las clases bajas iletradas ni la población egipcia, contra lo que cabría esperar, influyeron sensiblemente en la evolución del griego escrito, que es, claro está, el único que nos queda constancia.

Estas conclusiones a que llega Teodorsson en el plano fonético son, curiosamente, las mismas a que se puede llegar analizando otras facetas de la cultura ptolemaica. En el arte, se puede apreciar de idéntico modo cómo, después de un primer momento en que sobreviven escuelas locales griegas, el gusto ático, y en una tendencia ya superada, como era el praxitelismo, se impone a través de la protección oficial; y sólo a su lado, sin substituirlo, han de crecer los aspectos más evolutivos (coloristas, descriptivos, paisajistas) de la plástica alejandrina, vinculados a una clientela de mercaderes y clases medias-altas. El mundo egipcio y popular, como ocurre en el lenguaje, apenas cuenta en dicha evolución. Podrían hallarse algunas diferencias entre ambos planos, lingüístico y artístico, y su desarrollo, pero no cabe duda de que esta coincidencia viene a reforzar las afirmaciones de Teodorsson, dándoles un valor que supera la simple fonética.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

TEODORSSON, S.-T.— *The Phonology of Attic in the Hellenistic Period*. Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, XL. Göteborg-Uppsala. Almqvist & Wiksell, 1978, 125 pp.

Este libro es la tercera y última parte de un proyecto de investigación que tenía el propósito de describir la fonología del dialecto ático desde el siglo V a. C. hasta la época helenística, y de establecer la relación existente entre el ático y la *koiné*, desde un punto de

vista fonológico. El primer libro de esta serie apareció en 1974 y estaba dedicado a la descripción fonológica del ático durante los siglos V-IV, aunque fueron tenidas en cuenta las inscripciones datadas hasta *circa* 200 a. C.; el segundo, aparecido en 1977, tenía por objeto la *koiné* ptolemaica; finalmente, éste está consagrado a la fonología del ático durante la época helenística, y han sido recogidos los datos de las inscripciones datadas entre 200 a. C. y el comienzo de nuestra era. En los tres estudios el método es esencialmente el mismo, con pequeñas variantes que se refieren al uso de las fuentes indirectas como medio para establecer el sistema fonológico del ático (informaciones antiguas, rimas, préstamos, onomatopeyas, etc.), que aquí no han sido objeto de consideración (al igual que en el libro dedicado a la *koiné* ptolemaica, y a diferencia del que trata sobre el ático de los siglos V-IV). A este respecto, es preciso señalar que el uso de este tipo de material podría haber ayudado a controlar los resultados obtenidos mediante el examen de las inscripciones; en todo caso, algunas de las conclusiones que se refieren al ático de los siglos V-IV están en clara y notoria contradicción con lo que se desprende de las informaciones de algunos autores antiguos.

Los fundamentos metodológicos sobre los que descansa la tesis sostenida en este libro son prácticamente los mismos que los de los libros anteriores. El principio básico consiste en suponer que lo que revela la pronunciación real en una lengua conocida sólo por testimonios escritos son las faltas de ortografía, no el uso de la norma ortográfica. Existe una correlación entre signo ortográfico («grafema») y fonema: las desviaciones en el uso de la norma muestran la pronunciación real, mientras que el uso de la norma puede ser simplemente consecuencia del mantenimiento de un hábito. Esto es así, porque, como es fácil de constatar, el sistema gráfico es más conservador que el sistema fonológico. Además, cuanto más rígida es la norma gráfica, tanto más probable es que una falta de ortografía indique la pronunciación real. El uso de este método requiere dos condiciones: que exista una abundante documentación del período y de la zona geográfica que son objeto de consideración; y que las variantes ortográficas existentes sean tenidas en cuenta de un modo total y sistemático. En este sentido, es mérito de T. haber recogido y expuesto en largas listas todas las variantes ortográficas existentes en las inscripciones áticas.

Por supuesto, no todas las faltas de ortografía están causadas por factores fonéticos; por eso, es preciso determinar las condiciones en las que una variante gráfica irregular puede estar causada por motivos no fonéticos. T. enumera los siguientes: ambigüedad en la grafía, lagunas, uso de morfemas no griegos, conocimiento morfológico deficiente en el escritor, o bien insuficiente conocimiento del morfema que se intentó escribir, causas sintácticas y contextuales, asimilaciones, etc. En las listas de ejemplos que siguen (pp. 20-56), se marca, siempre que es procedente, cualquiera de estas causas que invalidan el ejemplo, así como el modo de verificación de la inscripción en la que se hallan los diferentes datos.

Finalmente, un último requisito precisa el método de T.: como el estudio está basado en la correlación existente entre grafema y fonema, es preciso suponer qué correspondencias existían entre grafemas y fonemas a comienzos del período que es objeto de estudio, para tratar de establecer las innovaciones que se han producido durante la época helenística. El inventario de fonemas y los signos gráficos correspondientes son los expuestos por el propio T. en el libro dedicado al ático de los siglos V-IV. Como allí T. llegaba a la conclusión de que en el ático del siglo V se había operado ya la mayoría de los cambios que han afectado al vocalismo griego hasta la actualidad (en concreto, el iotacismo y la pérdida de las distinciones de cantidad), al menos en la mayoría de la población, las conclusiones obtenidas en este libro requieren admitir previamente aquellos resultados. Pocos estarán dispuestos a admitir los resultados que se refieren al ático del siglo IV —a

nuestro juicio, francamente inaceptables—; por tanto, el punto de partida capital de este estudio condiciona los resultados en él obtenidos.

El método de T. es sumamente riguroso, pero adolece de graves defectos, entre los que conviene señalar los siguientes: 1) Requiere la existencia de una norma gráfica estricta; la implantación del alfabeto jónico en Atenas desde 403 es, en efecto, en cierto modo, una norma ortográfica, pero no tan estricta como cabría suponer; aún en plena época helenística hay ciertas inscripciones que siguen usando el antiguo alfabeto que no nota las cantidades en algunos casos (cf. A. S. Henry, *CQ* 17, 1967, p. 257 ss.); esto, además, ocurre incluso en inscripciones oficiales. 2) Un método que opera con la totalidad de los ejemplos debería tener en cuenta la proporción existente entre las «faltas de ortografía» y los casos en que se usa la norma ortográfica regular, para poder establecer si los ejemplos en los que aparecen variantes son significativos con respecto a la totalidad. Un ejemplo puede ilustrar esta observación: T. sostiene que *lel* e *lil*, notadas respectivamente E, I, se habían confundido ya desde el siglo IV en una parte de la población, aunque, con posterioridad, se haya restablecido tal distinción fonemática: 41 ejemplos a lo sumo documentarían esta neutralización durante el siglo IV; ahora bien, si se tiene en cuenta que las inscripciones del siglo IV ocupan, según el propio T., alrededor de 1980 páginas, conviene hacerse las siguientes preguntas: ¿es significativamente alto este número de casos para suponer la neutralización de ambos fonemas?, ¿no sería más económica una interpretación que explique los innumerables ejemplos contrarios, aunque esos 41 queden sin justificación clara? 3) En determinados casos el propio método conduce a conclusiones erróneas, según observa T.: así, aunque, según parecen indicar los datos del siglo IV, *lel* e *li* han sufrido neutralización, T. sostiene que esta confusión ha afectado sólo a cierta parte de la población, porque en griego moderno se conserva todavía esta distinción fonemática; sin embargo, este ejemplo permite observar que las conclusiones establecidas mediante el método no siempre son seguras y en algún caso son susceptibles de reservas. ¿Cómo, entonces, se puede saber que en otros casos no ocurre algo semejante, aunque no exista una prueba tan contundente para contrastar los datos? 4) Por lo demás, lo que probablemente suscita mayores reservas es lo siguiente: T. atribuye todas las variantes que atentan contra la norma ortográfica a un hipotético y único subdialecto ático existente desde el siglo V; este subdialecto, propio de las clases populares e iletradas, habría sufrido, ya desde el siglo V a. C., la mayoría de los cambios que han afectado al vocalismo griego a lo largo de toda su historia. La historia posterior del dialecto ático durante la época helenística y la imperial estaría prioritariamente caracterizada por la relación entre el subdialecto de las clases bajas y el subdialecto de las clases letradas, cuya evolución habría sido mucho más lenta. Esta hipótesis, sin embargo, presenta algunos problemas de base: en primer lugar, de ser cierta la tesis de T., cabría esperar que las faltas de ortografía tuvieran una cierta distribución y se encontraran con mayor frecuencia en las inscripciones de un subdialecto, mientras que en las inscripciones del subdialecto tradicional serían prácticamente inexistentes; esto, por supuesto, no ocurre así. En segundo lugar, proyectar todas las faltas de ortografía a un único subdialecto innovador es quizá una simplificación excesiva de los hechos; probablemente es más adecuado pensar que existe un solo dialecto ático general y diversas zonas marginales que no componen un sistema fonológico unitario, 5) Por último, atribuir al dialecto tradicional todas las informaciones que se encuentran en Dionisio de Halicarnaso y en otros autores antiguos, y pensar que ninguna información existe acerca del sistema fonológico innovador del ático, parece ser, en cierta medida, una solución de facilidad. Algo semejante cabe afirmar con respecto a los préstamos, tanto los del griego a otras lenguas, como los de otras lenguas al griego: los datos no permiten suponer dos sistemas fonológicos netamente diferenciados.

No hace falta, pues, decir, que muchos de los datos que T. interpreta en este sentido son susceptibles de conclusiones bien distintas. Según T. han existido desde la época clásica dos sistemas fonológicos diferentes, sobre todo en cuanto al vocalismo, que han pervivido durante la época helenística; además, el subdialecto tradicional, que no había experimentado los cambios propios del subdialecto popular, se ha mantenido en círculos cada vez más restringidos a lo largo del período helenístico, aunque ha ido aceptando, de manera progresiva, las innovaciones del subdialecto innovador. Incluso, según T., algunos fenómenos del subdialecto conservador se han extendido a lo largo del período helenístico. Las diferencias entre el dialecto ático y el resto de la *koiné* radican, sobre todo, en el hecho de que en Atica estaba más extendido el subdialecto tradicional, mientras que en el resto de las áreas del mundo griego el subsistema innovador había alcanzado prácticamente a la totalidad de la población. Naturalmente, estos resultados generales sólo pueden ser admitidos si se acepta el método de T.

Es preciso reconocer, a pesar de las críticas que cabe hacer al libro de T., que estamos ante un estudio estimulante: su mérito principal, además de la cuidadosísima elaboración de todos los datos, creemos que radica en haber mostrado que la lengua de las inscripciones carece de una regularidad total. Sin duda, los problemas de la historia del dialecto ático no están definitivamente resueltos, y el estudio de T. contribuirá, aunque sólo sea por reacción contra su tesis, a estimular nuevos trabajos sobre el tema.

EMILIO CRESPO

DELATTE, L., GOVAERTS, S., y DENOZ, J.— *Index du Corpus Hermeticum*. Roma, Edizioni dell'Ateneo e Bizzarri, 1977, XXI + 359 pp.

Se trata de un índice hecho con ordenador, pero no de una forma puramente mecánica sino con una elaboración del material inteligente y laboriosa.

La obra se compone de una breve introducción (pp. VII-XV), unas tablas con los lemas a los que se les ha atribuido un índice para desambiguar las clases de palabras, los códigos de análisis y los homógrafos latinos, el *index verborum graecorum*, la lista de palabras griegas por orden de frecuencia decreciente, el *index verborum* del *Asclepius* de Ps. Apuleyo y la lista de palabras latinas por orden de frecuencia decreciente.

La introducción comienza justificando el interés de los escritos herméticos en una época como la actual que está de vuelta del positivismo, para detenerse a continuación en el *modus operandi* y los problemas que les ha planteado la confección de esta obra: la lematización, las anfibologías, las *lexías* («expressions complexes»), la polisemia y las substantivaciones. En este punto, aparte de señalar un descuido sin mayor importancia (se traduce εἶμι por «être» y εἶμι por «aller» en p. X), quiero significar mi discrepancia con la concepción que los autores parecen tener de los polísemos (distinguen, por ejemplo entre Νοῦς 'Espíritu divino' y νοῦς 'espíritu humano'). El párrafo dedicado a la polisemia es tan breve y ambiguo que parece que sus autores mantienen las teorías arcaicas de que las palabras tienen una serie de significados previos a sus distribuciones y al margen de sus oposiciones. En cambio me parece muy acertado lo que dicen de las substantivaciones y cómo proceden con ellas: en el *index verborum* se distinguen πᾶς, πᾶσα, πᾶν y τὸ πᾶν, κινέω y τὸ κινούμενον, etc.

Por lo demás los índices propiamente dichos están hechos con la exactitud propia del LASLA y en concreto las listas de frecuencias por orden decreciente nos descubren una serie de hechos muy curiosos. Por ejemplo, los substantivos más frecuentes del *Corpus*

Hermeticum son (por orden decreciente) θεός, σῶμα, ψυχή; ἄνθρωπος, τέκνον, κόσμος, φύσις, πατήρ, λόγος, γῆ. Curiosamente estos substantivos coinciden en gran medida con los más frecuentes del *Asclepius* que son: *deus, mundus, homo, natura, species, ratio, Asclepius, sensus, genus, res*. Estas coincidencias sugieren una serie de reflexiones sobre la historia de las ideas y la teoría de la traducción, pero estas reflexiones no caben dentro del marco de una reseña. En resumen, una obra minuciosa, bien hecha y útil.

J. LÓPEZ FACAL

SERBAT, G.—*Les dérivés nominaux latins à suffixe médiatif*. París, Les Belles Lettres, 1975, 407 pp.

Con sólo abrir este libro y echar un vistazo al índice se saca la impresión de estar ante una monografía seria, metódica, rigurosa; después, a medida que se avanza en la lectura, esta impresión se corrobora hasta el convencimiento pleno. En cuatrocientas apretadas páginas desarrolla el autor el estudio pormenorizado de los derivados de cuatro sufijos indoeuropeos bien establecidos por la gramática comparada: **-dhlo-*, **-dhro-*, **-tlo-* y **-tro-*. En la mayor parte de las lenguas este grupo se ha reducido debido, por una parte, a su fácil confluencia homonímica (piénsese, por ejemplo, en la confusión de *r* y *l* en sánscrito) y, por otra, al embarazo de su sinonimia. El latín no sólo ha conservado, en un rasgo de arcaísmo, los cuatro, a diferencia de las demás lenguas itálicas que han eliminado **-dhro-*, sino que incluso ha diversificado **-tlo-* en las formas *-c(u)lum* y *-crum*; y, al contrario del griego que ha desarrollado los sufijos en *-r-*, ha dado preferencia a las formaciones en *-l-*, de modo que después de Augusto no se registra ningún derivado nuevo en *-r-*.

El ámbito cronológico del material investigado se extiende casi a lo largo de un milenio, desde los orígenes de la tradición hasta Isidoro de Sevilla; y este amplio espacio se distribuye, a efectos metodológicos, en ocho períodos, según el modelo propuesto por J. Perrot y precisado luego por H. Quillet; esta periodización se ajusta también a la que es convencional en la historia literaria. Desde la perspectiva de la productividad de los sufijos, los ocho períodos se agrupan en tres fases capitales: la arcaica (período primero), en la que se registra el inmenso material heredado; la clásica, correspondiente en el sentido más amplio a los períodos segundo, tercero y cuarto, de Cicerón a Tácito; es una fase de estabilidad y agotamiento; y la última (períodos 5-8) que constituye una sustancial renovación a partir del siglo II y de la literatura cristiana. Una gran parte de los derivados en **-bulo-* y en **-culo-* y prácticamente la totalidad de los derivados en **-bro-* y en **-tro-* se atestiguan desde el comienzo de la tradición; los textos de Plauto y Catón son los grandes transmisores de este patrimonio. Yo vería, además, una causa de la carencia de vitalidad de *-trum* en su aislamiento morfológico del grupo: *-trum*, procedente de **-tro-*, debería ser a *-c(u)lum*, procedente de **-tlo-*, lo que *-brum* (**-dhro-*) era a *-bulum* (**-dhlo-*); sin embargo, la evolución divergente del sufijo **-tlo-* a **-clo-* y el desdoblamiento de éste en *-c(u)lum* y *-crum*, por efectos disimilatorios, rompieron el paralelismo originario dejando a *-trum* fuera de la nueva formación simétrica: *-c(u)lum* : *-crum* :: *-bulum* : *-brum*.

En atención a la base léxica, los derivados se clasifican en primarios o radicales (*stabulum, faber, poculum, castrum*) y secundarios que, a su vez, son deverbativos (*uocabulum, labrum, curriculum, aratrum*) y denominativos (*digitabula, candelabrum, tabernaculum*). Los radicales representan la herencia más antigua; por eso sólo en el caso de *-trum* su número supera al de los secundarios; los derivados de época histórica son fundamentalmente

deverbativos; mientras, los denominativos suponen una mutación de la función de los sufijos que no alcanza al exiguo número de los derivados en *-trum* y tan sólo reviste cierta importancia con los de *-bulum*. La primitiva variedad de los fonemas presufijales se reduce paulatinamente; la productividad de los temas consonánticos, que representan una quinta parte de los derivados y que tan sólo prevalecen con el arcaico *-trum*, no rebasa el segundo período. Los sufijos vivos únicamente admiten temas vocálicos, particularmente los acabados en *-i-* (*-i-culum*) y en *-a-* (*-a-culum*, *-a-bulum*); este último resulta favorecido por el éxito de los verbos de la primera conjugación: por otro lado, es el tema de *infectum* el que predomina en la formación de los deverbativos.

Si en las cuatro primeras partes del libro, concernientes a cada uno de los sufijos, Serbat nos ofrece un extenso estudio de morfología léxica, en la última aborda en profundidad el plano semántico de los sufijos; pero ya en la introducción nos da una aclaración imprescindible del término «mediativo» inscrito en el título.

El establecer el valor fundamental de los sufijos requiere, además del examen de sus diversas acepciones (agente, instrumento, lugar, medio, proceso, resultado), un esfuerzo integrador de las mismas; la noción central a la que responden las variantes significativas se cifra en «aquello por medio de lo cual» se realiza un proceso, «aquello que permite» la realización de un proceso; este concepto básico es lo que recibe el título de «mediativo», por oposición al valor «efectivo»; tal oposición es la que mejor delimita el significado de lo que se quiere decir con «mediativo»: el derivado mediativo «exprime ce qui permet de rendre *effectif* le procès énoncé par la base» (p. 374); y es, aunque no lo señale el autor, una oposición aspectual, como no podía ser menos tratándose del análisis de procesos; está claro que en el estudio funcional de los derivados deverbativos no puede soslayarse la noción de aspecto.

En los derivados primarios el sufijo se une a una raíz que indica un proceso y el papel de aquél consiste en dar una representación particular del mismo, una modificación aspectual, diríamos nosotros; en los derivados secundarios deverbativos y, por tanto, con la noción de proceso indemne, se mantiene la función específica del sufijo; y asimismo, en aquellos derivados denominativos cuyo tema es de base verbal: *conciliabulum*, por ejemplo, indica «ce qui permet - le rassemblement»; en cambio, en aquellos denominativos de base estrictamente nominal se altera profundamente la función del sufijo; en éstos tema y sufijo adquieren una relación «final» («pour»): *turibulum* significa «un récipient pour - de l'encens», o «ecuativa» («qui est»); *tabernaculum* significa «construction qui est - apparemment une *taberne*» (p. 376).

El sufijo con el valor «mediativo» integro, es decir, asociado a la noción de proceso de la base verbal o deverbativa, cumple ante todo una función sintáctica; en cambio, asociado a temas puramente nominales esa función resulta más bien léxica, con la transformación de su significado en el de «instrumento, recipiente, lugar», por lo que el derivado se torna hasta cierto punto un compuesto.

El proceso de clasificación exige un profundo análisis lingüístico de la palabra; el autor utiliza con acierto el criterio fonético, el morfológico o el semántico en orden a determinar la formación radical, deverbativa o denominativa de cada derivado, así como para aceptar o rechazar los términos dudosos. La estructura morfológica induce a ver en *cubiculum* un desarrollo, mejor que del verbo de estado *cubare*, como generalmente se cree, del de acción *-cumbere*, al que pertenecen también en principio el perfecto *cubui* y el participio *cubitum* (p. 158). El fino análisis semántico que hace el autor de *exceptaculum* (Tert., *Spect. II 10 neque enim... sumpsimus... aures ad exceptaculum maliloquii...*), interpretado hasta ahora como «instrumentum quo excipitur» (*Thesaurus*) y «ce qui sert à percevoir» (Blaise), deja bien claro que no se trata de un desarrollo de *excipere*, sino de *exceptare* «avec sa valeur

itérative (ou conative)», y, consiguientemente, en vez del instrumento o del lugar designa el proceso en sí: «nous n'avons pas reçu les oreilles pour recueillir sans cesse (ou plutôt: pour chercher à capter) la médissance» (p. 247). La caracterización de *patibulum*, derivado radical (*p⁰t-H-) en relación etimológica con *pateo*, por el rasgo «extensión horizontal» (pp. 56-58) es un verdadero hallazgo. El relieve dado a la noción de «destinación» en *incerniculum*, «receptacle d'une matière tamisée», y asimismo en *incernere*, que significa «répandre par tamisage» mejor que «tamiser» (pp. 165-166), constituye una advertencia contra el fácil olvido del valor modificativo de los prefijos. El estudio de algunas palabras se convierte en auténticas monografías, con una documentación bibliográfica exhaustiva, como el de *uestibulum* (pp. 50-54), el de *libra* (pp. 128-129), el de *lucrum* (pp. 146-148), el de *baculum* (pp. 265-268) o el de *lustrum* (pp. 309-313), por poner un representante de cada sufijo dentro de una lista que supera el medio millar.

En esta obra hay además una tenaz labor filológica que se pone de manifiesto en la exhaustividad de la documentación textual; el autor se ha servido de los diccionarios, léxicos de autores y glosarios, del *Thesaurus* en la parte publicada y del fichero de Munich para la no publicada; particular interés filológico presentan los capítulos de anexos, en los que se discuten palabras raras, términos heterogéneos y hechos de contaminación como la que se produce entre el sufijo *-bulum* y el elemento de composición griego -βόλος en la época tardía (*catabulum*, *petrabulum*) o la asimilación a los derivados en *-trum* de los préstamos griegos con idéntico sufijo (*feretrum*, *teatrum*).

Esta obra tiene el peso específico que suelen tener las buenas tesis, en las que se han invertido innumerables horas de trabajo en el acarreo del material, en su detenido examen y en su confección; consiguientemente, está nutrida de felices aportaciones y resulta, sencillamente, modélica por su rigor científico.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

ANÓNIMO.— *Atma y Brahma. Upanisad del Gran Aranyaka y Bhagavadgita*. Edición preparada por F. R. ADRADOS y F. VILLAR. Madrid, Editora Nacional, 1977. 320 pp.

En 1947 aparecía dentro de la popular colección Austral, de Espasa-Calpe, *Nala y Damayanti*, un episodio del *Mahabharata* traducido directamente del sánscrito por Francisco Rodríguez Adrados. Quienes hemos saboreado esa traducción —hoy desgraciadamente agotada— podemos asegurar que supone una sensación muy agradable el encontrarse con textos de la riquísima literatura sánscrita vertidos directamente de los originales, sin intermediario lingüístico alguno. Seis años más tarde publicaba Adrados en el C.S.I.C. su *Védico y sánscrito clásico*, que incluye el estudio de la gramática del antiguo indio, así como una antología de textos anotados y un vocabulario etimológico. Manuales más recientes, como el admirable de Gonda, han hecho que el de Adrados pase a segundo término. Sin embargo, ahí queda el esfuerzo personal de un autor que, sin apenas medios bibliográficos a su alcance, logró plasmar en su manual unos conocimientos laboriosa y difícilmente adquiridos.

Siguiendo las huellas de Adrados, el indoeuropeísta Villar Liébana se ha ocupado también de la lengua de Valmiki. Suya es, por ejemplo, una amplia selección de *Himnos védicos* publicada por Editora Nacional en 1975. Asimismo, ha vertido al castellano el bellísimo poema *Meghaduta*, de Kalidasa, en traducción que tuvo el honor de suscitar,

dentro de la colección de poesía Alfar de la misma Editora. En un país como el nuestro, en el que las palabras *devanagari* o *Amaru* no pasan de ser extravagantes términos para uso de *snobs* y de iniciados, la sanscritología se reduce a muy pocos estudiosos. Ayer se llamaron Daza de Campos, González de la Calle, Alemany. Hoy, Rodríguez Adrados y Villar.

Es, por ello, un primer atractivo de *Atma y Brahma* el que se hayan juntado nuestros dos sanscritólogos para llevarlo a cabo. En esta ocasión son dos textos filosóficos de complicada lectura, la *Upanisad del Gran Aranyaka* y la *Bhagavadgita* o Canción del Señor, los que han sido vertidos —la *Upanisad* por el doctor Villar y la *Gita* por el doctor Adrados—, con abundante caudal de notas y una apreciable introducción a cargo de F. R. Adrados. De la *Upanisad del Gran Aranyaka* no existía hasta la fecha traducción castellana. De la *Gita*, sin embargo, Adrados cita (p. 50) cinco anteriores, destacando las de M. Marcovich (Mérida, Venezuela, 1958) y F. G. Ilarraz (Madrid 1970), además de una traducción catalana parcial de J. Mascaró (canto XI, Barcelona 1935).

LUIS ALBERTO DE CUENCA

LATA CZ, J.—*Kampfparänese, Kampfdarstellung und Kampfwirklichkeit in der Ilias, bei Kallinos und Tyrtaios*. Zetemata, Heft 66. München, Verlag C. H. Beck, 1977, 267 pp.

Por si el título del libro llamara a engaño, que nadie piense que aquí va a encontrar algún tipo de solución al debatido problema de la relación entre las elegías de Calino y Tirteo y sus aparentes modelos homéricos. Al contrario, el libro (en su origen un *Habilitationsschrift* de 1971), que según dice su autor en el «Prólogo», fue pensado como base para un comentario de Calino y Tirteo, al final llega a invertir el sentido de la investigación hasta tal punto que el escaso tratamiento que recibe el análisis de los poemas de Calino y Tirteo tiene exclusivamente por objeto confirmar la supuesta historicidad de la forma de combate que el autor cree ver descrita en la *Iliada*.

Partiendo de la base, muy razonable por otra parte, de que el instrumento de expresión poética que Calino y Tirteo tienen a mano, la *Kuntsprache* «épica», no era en época de éstos el *corpus* cerrado de la *Iliada* y la *Odisea* sino todavía un organismo vivo, L. considera que lo directamente confrontable no son palabras y junturas de palabras sino temas y situaciones. Es decir, las parénesis de combate de Calino y Tirteo han de ser comparadas no con Homero en general, sino con las parénesis de combate homéricas. Mas, como la parénesis de combate es parte constituyente de la situación de combate misma, argumenta L., para mejor comprender la primera es necesario estudiar previamente la segunda. Con lo cual éste viene a ser realmente el tema que ocupa el contenido del libro, a saber: la técnica de la guerra homérica vista en la obra que mejor la representa, la *Iliada*.

También aquí se planteaba un grave problema y era cómo hacer compatible la existencia de una técnica de combate concreta con los largos siglos de gestación poética y acumulación cultural que la composición de la *Iliada* presupone. La opinión más compartida a este respecto es que la descripción épica de escenas de batalla, como amalgama que es de elementos indiferenciables, es un producto fantástico. Convencido de que el origen de esta postura está en una comprensión equivocada de la propia descripción, L. se propone llevar a cabo un análisis —reiterativo por demás— que clarifique su estructura. A esta tarea están dedicados los cinco primeros de los seis capítulos que componen el libro.

El capítulo I abunda en los motivos metodológicos apuntados en los «Presupuestos metódicos» y trata en particular el problema de la falange homérica. La supuesta antítesis

entre la poesía de Calino y Tirteo y la homérica suele explicarse fundamentalmente como consecuencia de la introducción de la «falange cerrada» que vendría a sustituir a una aristocrática monomaquia épica (Nilsson, Lorimer, Prato, Snell, etc.). Del análisis comparado de las 77 citas de los términos *φάλαγγες* y *στίχες* que tienen lugar en *Iliada*, L. obtiene un cuadro homogéneo del modo de lucha homérico que espera poder demostrar sustancialmente idéntico al implícito en la elegía.

Dicho cuadro comienza por la forma de organización del ejército, expuesta en el capítulo II. El análisis semántico de *φάλαγγες* y *στίχες* permite reconocer en éstos, respectivamente, el *terminus technicus* y un sinónimo de significado más amplio que designan la unidad táctica básica. Son las falanges o filas, que se agrupan en contingentes organizados por regiones. El *συνασπισμός* o apretada formación codo con codo que la crítica anterior identifica con la falange de hoplitas de época clásica (y por tanto indicio de interpolación de los pasajes correspondientes), según L. no es sino un mayor grado de condensación que ocasionalmente puede adoptar la formación de falanges.

Hacer patente la función de la formación de falanges y de la masa en general en el curso del combate homérico es el propósito del capítulo III. El problema central es el de la relación existente entre el combate individual y el combate colectivo, que los estudiosos en general entienden como oposición en la cual el papel del primero es supervalorado en detrimento del segundo. Según L. no hay tal oposición sino unidad. Se trata de una técnica de selección utilizada por los aedos mediante la cual en la descripción de la batalla los individuos no sólo se representan a sí mismos, sino que producen la ilusión de estar ejemplificando al mismo tiempo a los demás. En una primera fase la batalla consta de un combate de tiro y un combate de masas de cerca, cuyos métodos de representación, el combate de masas «complejivo» y el combate individual, se combinan para integrarse en el curso de la primera.

Esta técnica de representación no está limitada a determinadas partes de la descripción del combate, sino que es un principio estructural recurrente en las grandes descripciones de batalla de la *Iliada*, según permite suponer el nuevo análisis de la controvertida descripción de combate de Α - Σ que es llevado a cabo en el capítulo IV.

Llegado a este punto L. se plantea una cuestión que es de suma importancia de cara a la posibilidad de confrontar la infraestructura de las parénesis de combate homéricas con las de Calino y Tirteo; a saber, si el principio colectivo empleado en la configuración de escenas de combate es solamente un medio formal de organización de extensas masas de material o si por el contrario refleja también un principio colectivo en la distribución real del combate. La respuesta es buscada a través de un análisis, absolutamente detallado, de los estadios individuales que componen el combate homérico (cap. V). Esto es: dos fases, fase de lucha y fase de retirada, de las cuales la primera se compone a su vez de lucha de masas de tiro, lucha de *πρόμαχοι* y lucha de masas cuerpo a cuerpo. Los *πρόμαχοι*, en contra de lo que suele pensarse, no serían una *élite* social, sino los mejores militarmente hablando, que combaten en la primera fila de la formación de falanges. Su lucha tiene por objeto solamente preparar la lucha de masas cuerpo a cuerpo entre las formaciones: la masa es la fuerza decisiva en el curso del combate. Un último apartado de este capítulo se ocupa, una vez más, de la debatida cuestión del carro de combate, en este caso solamente para tratar de demostrar cómo el uso que de él se hace en *Iliada*, predominantemente como medio de transporte en la fase de huida del combate, no contradice la configuración general de éste.

La coherencia interna del curso de combate descrito en *Iliada* parecía refutar por sí sola la tesis del «producto fantástico». Para asegurarse más, en el capítulo VI L. lleva a cabo, en primer lugar, una confrontación con un curso de combate verdaderamente

histórico, la descripción de la batalla de Siracusa de Tuc. VI 69-70: la diferencia con respecto a Homero resulta ser solamente que aquí falta el combate de tiro de masas y los *προμαχόμενοι* representan una tropa peculiar (los *πελτάσται*). En segundo lugar se compara con la estructura técnico-bélica presupuesta en las parénesis de Calino y Tirteo, cuyo nivel de evolución parece que viene a ser el mismo que el homérico. Una última confirmación de los resultados obtenidos por vía textual es proporcionada por la comparación con el reciente análisis arqueológico de las representaciones de escenas de combate en el arte figurativo de la época geométrica.

Se cierra el libro con: unas «Conclusiones» (sustancialmente recogidas en la reseña), un par de «Apéndices» —el primero una lista de las parénesis de combate de *Iliada*, el segundo una nueva interpretación del discutido pasaje Π 211 ss., donde L. cree ver un dato importante para la reconstrucción del ataque de masas (no falange de hoplitas)—, una lista de bibliografía pertinente y un índice de los pasajes tratados.

En definitiva, como estudio de la táctica bélica homérica consideramos que el libro es extraordinariamente sugerente y bien hecho: bien documentado, metodológicamente riguroso y sin escatimar tampoco la puntualización lingüística cuando es necesaria. Sin embargo, sobre todo porque la aceptación de la idea de un combate homérico de forma fija y cronológicamente ubicable implicaría pasar por alto la incoherencia que al principio apuntábamos, uno no puede evitar la duda de si no será demasiado forzada la interpretación que propone este, por lo demás, espléndido mamotreto para hacer las delicias de aquel inefable Clausewitz de nuestros veraneos campamentales (léase historiador), pero que al pacífico estudioso de la literatura griega arcaica no puede menos de dejarle un tanto decepcionado.

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DELGADO

Los Filósofos Presocráticos, I. Introducciones, traducciones y notas por CONRADO EGGERS LAN y VICTORIA E. JULIÁ. Biblioteca Clásica Gredos, 12. Madrid, Gredos, 1978, 518 pp.

Los Filósofos Presocráticos no habían tenido hasta ahora excesiva fortuna en sus traducciones al castellano que, salvo honrosas excepciones son, además de escasas, generalmente de segunda mano y poco fiables. Por ello resulta muy apreciable la aparición de este primer volumen de lo que será una traducción completa de los fragmentos conservados de esta interesantísima época de la Filosofía Griega. Mejor dicho, el propósito de sus autores, C. Eggers Lan y V. E. Juliá —que ya habían abordado este campo en su trabajo de 1971, *Los Filósofos de Mileto*, con plantemientos muy semejantes al que ahora reseño— es más ambicioso, tal como se enuncia en la página 41: ofrecer una «lectura guiada» de cada autor, mediante una clasificación temática de los textos, tanto los encuadrados en el apartado A como en el B de la edición de Diels-Kranz, complementada por valiosas introducciones y una serie de notas a pie de página, algunas de ellas muy extensas. Si bien la base textual de la traducción es fundamentalmente la edición ya clásica de Diels-Kranz, la recopilación de textos excede en algunos casos los recogidos en ella —especialmente, en el capítulo dedicado a los Pitagóricos— y en otros, en cambio, se han podado párrafos innecesarios o incluso se han suprimido autores. Las fundadas razones para este proceder las ofrecen los autores en las primeras páginas de la introducción. El riesgo de este tipo de organización, que es dar mayor pábulo a la interpretación personal de los autores, se compensa ampliamente por la mayor coherencia que ofrece el pensamiento de los filósofos y la mayor facilidad de lectura para el público no especializado. En todo caso, una tabla de

correlaciones al final del libro ayuda a encontrar, si así se desea, un fragmento concreto de Diels-Kranz en la trastocada numeración del texto.

Muy interesante es, asimismo, la edición de una serie de textos complementarios —claramente distinguidos de los otros en tipo de letra más pequeño— que ofrecen una información adicional; por ejemplo, el contraste del valor de un término en filosofía con los usos no filosóficos, precedentes de ciertas formas de pensamiento, o ecos de concepciones presocráticas en autores posteriores.

En la introducción general se examinan los temas: Filosofía, Ciencia y Presocráticos, la problemática de los escritos y el carácter y normas de la edición. Siguen introducciones parciales a cada autor en las que se esboza una problemática de conjunto sobre los mismos y se acompaña una bibliografía muy actualizada, que los autores evidentemente conocen y han utilizado, y que permite al lector que lo desee, adentrarse más en esta problemática con los medios adecuados para ello. En este primer tomo se traducen Tales, Anaximandro y Anaxímenes (estudiados conjuntamente en un solo capítulo), Pitágoras y los primeros Pitagóricos, Alcmeón, Jenófanes, Heráclito y Parménides.

La traducción es excelente, fiel y ajustada y de grata lectura. Destaco el dificultoso texto del poema de Parménides, con algunos aciertos particularmente felices, como la traducción del fragmento B 3 D.-K.: «pues <sólo> lo mismo puede ser y pensarse». En las notas se analizan cuestiones de interpretación que facilitan a menudo la difícil lectura de estos autores. Es muy destacable, por lo poco frecuente, la amplia documentación y precisos análisis de los aspectos que atañen a la Ciencia. Por último, un extenso catálogo de fuentes ilustra al no especialista en la localización de los autores que sirven de fuente a los fragmentos.

Hay, con todo, algunos aspectos negativamente reseñables. En primer lugar, en cuanto a la presentación tipográfica, hay cierta confusión en el uso de los corchetes cuadrados y los angulares, utilizados generalmente los primeros para contextos anteriores al fragmento que se requiere aclarar, y los segundos para introducir palabras que no están en el texto y se requieren para la traducción. Incluso un mismo fragmento que se traduce dos veces, en los textos 115 y 117, presenta corchetes diferentes en cada aparición, y en algún caso —texto 32 «las pirámides»— se omiten.

Hay algunos —si bien pocos— errores de traducción. Así, en el texto 171 «[las cosas]» debería traducirse «[los truenos]», y en el 1044 me parecen escasamente castellanas las expresiones «que es y que no es posible no ser» y «que es y que es necesario no ser».

En cuanto a las notas e interpretaciones, se presta escasa atención a los componentes míticos de las teorías presocráticas y a los influjos orientales sobre ellos, tema que tanta bibliografía ha suscitado recientemente. Me refiero, por ejemplo, a las ideas de Cornford sobre la influencia de las cosmogonías épicas sobre las presocráticas o a las recientes aportaciones de West, *Early Greek Philosophy and the Orient*, Oxford 1971, sobre el influjo de algunos textos filosófico-religiosos indoiranos sobre Anaximandro y Anaxímenes, entre otras.

Si bien estimo que para algunos autores (especialmente Alcmeón y Jenófanes), el estudio es clarísimo y muy completo, la interpretación de la filosofía de Heráclito me parece confusa y altamente discutible. Es deficiente el análisis de la teoría de los Opuestos, sumamente clarificada por Marcovich en su artículo «Problemas Heraclíteos», *EMERITA* 41, 1973, pp. 449-473, que da de los mismos una clasificación impecable. No considero tampoco correcta la interpretación del pensamiento de Heráclito como predominantemente ético-metafísico o ético-religioso sin interés por lo físico o cosmológico y menos aún la de que su expresión sea fundamentalmente simbólica y que, como señala la extensa nota 41, no debamos entender las expresiones de Heráclito como cosmológica. Pero especialmente

errónea es la identificación en nota 78 de lo Uno con lo Sabio, Dios, Razón, Fuego, etc. Cf. al respecto el interesante estudio de F. R. Adrados, no conocido tampoco por los autores, «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», *EMERITA* 41, 1973, pp. 1-43. En cuanto a Parménides, no veo la razón para alterar la transmisión tradicional del fr. 6 por consideraciones escasamente fundadas.

Con todo, las reservas aquí expresadas no oscurecen el gran interés de la obra en su conjunto, interés que nos hace desear la pronta aparición de los restantes volúmenes.

A. BERNABÉ

SALE, WILLIAM.— *Existentialism and Euripides. Sickness, Tragedy and Divinity in the Medea, the Hippolytus and the Bacchae*. Melbourne, Aureal Publications, 1977, 142 pp.

Hace unos años habíamos leído el artículo de W. Sale «The psychoanalysis of Pentheus in the *Bacchae* of Euripides», publicado en *YCS* 22, 1972, pp. 63-81, donde, aplicando al protagonista trágico el psicoanálisis freudiano, se descubría en él un «complejo de castración». Realmente encontramos ese artículo ingenioso, a la par que extremado y muy discutible, no sólo por la heterodoxia del método hermenéutico, sino también por la ambigüedad de los textos frente a lo precipitado de las conclusiones. Ahora Sale ha sustituido el psicoanálisis de corte freudiano por el psicoanálisis existencial, es decir, un psicoanálisis que está inspirado por el existencialismo de M. Heidegger. En el sentido de que este método ofrece una base más amplia para la interpretación (al no estar orientado como el freudiano a descubrir taras sexuales en los analizados, sino a considerar su relación con el mundo de acuerdo con una determinada concepción filosófica), la nueva perspectiva adoptada por Sale nos parece un notorio progreso.

Quiero comenzar por decir que este trabajo es interesante y que hay en él una buena intención de ser claro en la expresión y en las conclusiones. El primero de sus cuatro capítulos, «Dramatic character and existential psychoanalysis», nos informa de las premisas de su método y de la terminología utilizada, bastante sencilla. Los otros tres capítulos están dedicados, sucesivamente, a las tres obras analizadas. Al final (pp. 124-125) se recogen algunas tesis generales sobre este método de aproximación a los personajes trágicos («Conclusion: existentialism and literary criticism.»).

La concepción de la existencia humana como la de un ser en relación (*being towards*), definido por una serie de categorías existenciales le sirve al comentarista de pauta para enfocar la personalidad, abocada al fracaso, del héroe trágico. Sale señala que, en cierto aspecto, su análisis no está tan remoto al aristotélico como pudiera, al pronto, parecer. Así, por ejemplo, el concepto existencial de «enfermedad» (*sickness*) corresponde al aristotélico de «*hamartía*», en cuanto fallo de la personalidad trágica, fallo a un tiempo intelectual y moral. Pero, a mi entender, la terminología aristotélica posee una ventaja sobre la del análisis existencial: es menos ambigua.

«The existentialist definition of illness, as a warped and narrowed world-design in which certain existentials are excluded, makes no radical distinction between the sick and the healthy; this means that all dramatic characters are readily discussable within the same context» (p. 124). Ese concepto de la «enfermedad» como una visión incompleta de la existencia me resulta muy amplio. Puede aplicarse a todos los héroes trágicos en cuanto que todos, en su carácter heroico, menosprecian aspectos básicos de la vida y la convivencia. Por ello el intentar definir a un personaje como radicalmente «enfermo» por su limitación en no comprender a los otros personajes que se le enfrentan y en excluir

aspectos vitales en una «*hamartía*» que le lleva a la catástrofe me parece muy inconcreto. Sobre este esquema básico es fácil inclinarse a exagerar esa ceguera parcial del héroe trágico. A mi parecer, esto le sucede a Sale al querer tratar a Jasón como radicalmente enfermo (p. 13 ss.).

Utilizando una distinción que él mismo traza, uno señalaría que el drama de Jasón estriba más bien en su inseguridad, en su egoísmo y, en definitiva, en su inautenticidad personal. («One useful way of distinguishing sickness from inauthenticity is to raise the question of mood: inauthenticity is usually characterised by lazy tranquility; sickness by tension's neurotic anxiety», dice en página 11. No creo que Jasón esté afectado por una ansiedad neurótica; sus reacciones, temores y angustias son los apropiados en su situación). Por otro lado, la venganza de Medea no es algo tan lógico o corriente como Sale parece dar a entender.

Objeciones semejantes a éstas podríamos formular respecto de otras observaciones de Sale: por ejemplo, respecto del supuesto «temor a la muerte» que ve como determinante de la conducta de la nodriza de Fedra o del «complejo de Edipo» descubierto en Penteo, motivado por una atracción incestuosa hacia su madre Ágave. No encuentro convincentes las razones de Sale en esos casos, ni decisivas sus interpretaciones de los pasajes dramáticos que cita.

Por otra parte, señalemos que es un mérito del libro que los análisis se apoyan en textos bien citados, y que hay algunos párrafos muy sugestivos y de profundo interés, como, por ejemplo, las páginas sobre Dioniso (82 ss.) en relación con el mundo humano y la naturaleza, y las observaciones sobre Ártemis como correlato existencial opuesto a Afrodita, etc.

En conjunto, pues, nos parece que éste es un estudio sugerente y discutible, escrito con claridad y basado en una lectura nueva de los famosos textos trágicos de las tres piezas más interesantes psicológicamente del drama antiguo.

C. GARCÍA GUAL

IRWIN, TERENCE.— *Plato's Moral Theory: The Early and Middle Dialogues*. Oxford, Clarendon Press, 1977, X + 376 pp.

El autor declara en el prefacio de este libro que su propósito ha sido comprender y valorar la doctrina ética de Platón en los *Diálogos* del período llamado «socrático» y en los del período subsiguiente, hasta la *República* inclusive. Tras un capítulo introductorio, en el que se exponen el plan y los principios metodológicos del trabajo, siguen seis capítulos de análisis minucioso y detallado de las doctrinas éticas que van apareciendo en los sucesivos *Diálogos*: el autor procura aclarar el sentido de las mismas, descubriendo las preguntas, muchas veces implícitas, a las que pretenden responder, señalando la diversidad de enfoques simultáneos o sucesivos, sus correlaciones y sus incoherencias, así como la incidencia mutua entre los planteamientos éticos y otros aspectos del pensamiento platónico. El capítulo final tiene el carácter de evaluación general y en él se señalan las relaciones entre la ética platónica y algunos de los problemas éticos que siguen preocupando en la actualidad. El trabajo ha sido realizado con extremado rigor metodológico: se evidencia una preocupación constante por comprender el texto, tanto en su literalidad como en sus presupuestos latentes.

En los primeros *Diálogos* estudia Irwin las tesis —¿no sería mejor llamarlas hipótesis?— más típicas de Sócrates, como la de que la virtud siempre redundaba en bien del agente, la de que el conocimiento del bien es necesario y suficiente para obrar bien, o la de que la

acción moral es análoga a la actividad técnica por la que el artesano consigue determinados resultados propuestos. Estas tesis desembocan en dificultades insolubles: aunque parecen explicar ciertos aspectos de la acción moral, otros aspectos de la misma no se dejan encasillar en ellas. Platón forcejea por superar tales aporías, y aquellas tesis van siendo abandonadas y sustituidas por otras que parecen más adecuadas. Irwin da muestras de notable perspicacia al seguir en detalle este complejo proceso, pero tal vez se apresura y radicaliza en exceso sus conclusiones. Por ejemplo, ¿es verdad que Platón rechaza definitivamente ya en el *Menón* las tesis centrales de la ética socrática, y en particular la de que el conocimiento del bien es prerequisite necesario para el bien obrar? En mi opinión, la admisión de *orthé doxa* como suficiente para determinados tipos de acción no implica que Platón haya renunciado al ideal socrático de la necesidad de verdadera *episteme* moral: ahí queda, al final, la exigencia de aquel «razonamiento causal», único que puede dar solidez a la acción moral: ahí queda la crítica a los políticos que, demasiado fiados en mera *doxa*, son la calamidad de la ciudad: y ahí queda, sobre todo, la teoría de la *anamnesis* como fundamento de una moral que se quiere objetiva e intelectualista. Tampoco en el *Gorgias* veo yo un tan radical rompimiento con los presupuestos socráticos, aunque sí se sienta en este diálogo el nacimiento de un espíritu nuevo. Yo diría más bien que Platón matiza, modifica y amplía los presupuestos de su maestro, operando aquella «transposition platonicienne» sobre la que se extendiera Diès (un autor, por cierto, ausente de la bibliografía de Irwin, limitada casi exclusivamente a obras del ámbito anglosajón). Ni la tesis de la necesidad del conocimiento para la acción moral, ni aun la de la analogía técnica quedan del todo abandonadas en los *Diálogos* del período estudiado (otra cosa habría que decir con respecto al *Filebo* o a las *Leyes*). En estas tesis, aunque muy profundamente modificadas, se basa todavía todo el andamiaje de la *República*, con su principio de que sólo el filósofo que haya contemplado la idea del Bien es capaz de establecer principios firmes de moralidad, y con la correlativa concepción ejemplarista de la ética (una concepción a la que Irwin no ha prestado quizá suficiente atención). A este respecto, ha podido dañar al trabajo de Irwin su opción metodológica inicial de tratar de la ética platónica, prescindiendo de la política (p. 4): no se puede hacer esta separación en Platón sin empobrecer irremediablemente la perspectiva. En realidad Platón se distancia de su maestro, no tanto por el rechazo de las llamadas tesis socráticas acerca de la moralidad, cuanto por la ampliación del ámbito de aplicación de las mismas: lo que el maestro consideraba desde una perspectiva estrictamente individual de la moralidad, adquiere en el discípulo una mucho más amplia perspectiva político-social. Bajo este aspecto quizás habría hallado Irwin elementos de solución de un problema que le preocupa, a saber, el del carácter egoísta o altruista de la moral platónica, con las aporías que resultan de sus planteamientos alternativamente hedonistas, utilitaristas, eudaimonistas o teleológicos.

El capítulo final, evaluación y crítica de conjunto, es de gran interés, pero lleno de interrogantes. En él Irwin viene a confrontar los principios éticos de Platón con los principios éticos que se han desarrollado a partir de Kant y de la Revolución Francesa, que en gran parte son los que configuran el talante moral del hombre occidental. Así se pregunta el autor, entre otras cosas, por la manera cómo podría encajar en la ética platónica el sentido del respeto a la persona humana como agente libre y autodeterminante de sus actos, o qué lugar podrían tener en aquella ética los derechos del hombre como tal. Es aquí donde aparece diáfaramente la dificultad de armonizar una moral basada primordialmente en el análisis de un supuesto bien objetivo, con una moral basada más bien en el análisis de la acción humana en sí: y es aquí también donde aparece cómo Platón no logró superar, al menos en el período estudiado, aquel objetivismo e intelectualismo ético, implícito en la búsqueda socrática de definiciones y en la analogía técnica.

Estas sumarias observaciones, con las que he querido relativizar un tanto la presentación que Irwin nos hace de un radical distanciamiento de Platón con respecto a las tesis de su maestro, de ninguna manera implican un menor aprecio del excelente trabajo que se nos ofrece en este libro. Sus análisis de los contenidos éticos de los distintos *Diálogos* y de sus implicaciones revelan gran penetración y finura de juicio: los que quieran comprender la ética platónica no debieran pasarlos por alto.

JOSÉ VIVES

Res Romanae. Antologia da cultura romana. Organizada e traduzida do original por MARIA HELENA DA ROCHA PEREIRA. Instituto de Estudos Clássicos, Universidade de Coimbra, 1976, VIII + 158 pp.

Por más que lo he intentado, no he podido llegar a comprender el sentido de estas *Res Romanae* compiladas por Maria Helena da Rocha Pereira. Lo único que puede parecer respetable del volumen es su organización interna, y no se me antoja tan meritorio ordenar sin errores en ciento cincuenta páginas un material susceptible de clasificarse cronológicamente, ni muy excepcional trazar, al final de la obra, una lista de las ediciones originales utilizadas y dos cuidados índices —uno de ellos de temas tratados, que, dada la extensión del florilegio, no sirve absolutamente para nada, y otro de palabras latinas, de esas que pasan por intraducibles, como *fides*, *auctoritas*, *ars*, *imperium*..., y que se citan a pie de página siempre que aparecen vertidas en los textos seleccionados.

Da Rocha Pereira muestra, además, en la elección de los pasajes incluidos en su antología, una parcialidad poco común. En principio, pudiera creerse que su librito estuviera pensado exclusivamente para estudiantes de historia que no conozcan el latín; o que su criterio a la hora de elegir los textos fuese el de la riqueza de los mismos en lo que a aspectos de *realia* se refiere. A la postre, el volumen no tiene destinatario, y el único criterio que lo anima es el más descarado subjetivismo. Que ello es así lo atestigua, por caso, el hecho de conceder al epicúreo y materialista Lucrecio veinte páginas en su selección, lo que ladinamente tiende a que el lector identifique su credo y su visión del mundo con los de la mayoría pensante en la Roma del siglo I a. C.

Por otra parte, el concepto de *res Romana*, tal y como lo esgrime —o mejor dicho, como no lo esgrime— la señora Pereira, es absolutamente discutible. Por lo visto, los elegíacos, que inventaron la poesía moderna, no pertenecen al ámbito de lo romano, ni su quehacer poético es representativo de la cultura romana, puesto que no aparecen para nada en el libro. A mí, personalmente, se me hace difícil, si no imposible, hablar de cultura romana, en los períodos de la República y del Principado, sin mencionar una sola vez a los *neoterói*, a Propertio, a Tibulo. Al parecer, estos autores son excesivamente universales para la profesora de Coimbra y, por consiguiente, poco romanos. Sorprendente es también que Lucrecio (veinte páginas) supere a Virgilio (dieciséis páginas) en «romanidad». No quiero extenderme más en criticar una obra cuya única finalidad es confundir, desorientar y oscurecer la mente del sufrido lector. Sólo diré que las únicas versiones con dimensión estética del florilegio son precisamente aquellas que no ha llevado a cabo la compiladora: los graciosos endecasílabos que trasladan al portugués los pasajes de Lucrecio, debidos a la pluma del traductor decimonónico A. de Mendonça Falcão (Coimbra 1890), y la versión de Bocage (Lisboa 1853) de las *Metamorfosis* de Ovidio.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

TUPET, ANNE-MARIE.— *La magie dans la poésie latine. I. Des origines à la fin du règne d'Auguste.* Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1976, XV + 450 pp.

Con verdadero deleite y aprovechamiento hemos leído este libro, tesis de Anne-Marie Tupet, «Maître de Conférences» de la Universidad de Lille III. No son excesivas las veces que el lector de estudios clásicos tiene ante sus ojos un tema tan interesante y tan bien llevado a término. Felicitamos cordialmente a la autora, y la instamos a que apresure la aparición de ese volumen II con que promete completar su estudio.

Abre la obra una justificación de la misma, que incluye una precisión sobre el modo de tratar el tema: «nous n'offrons pas ici une étude d'ensemble sur cet art éternel et mystérieux, mais un travail de latiniste qui se propose de voir la magie de l'Antiquité telle qu'elle apparaît d'après les poètes latins» (p. VII). Hacían necesario este estudio la escasez de trabajos sobre la magia, ya que las grandes obras sobre el asunto dedicaban escaso espacio al mundo antiguo, y tampoco los autores latinos estaban suficientemente analizados desde este punto de vista.

Subraya A. M. Tupet la dificultad que ha entrañado, a la hora de la selección de pasajes y temas, discernir lo mágico propiamente dicho de otro tipo de manifestaciones, esto es, marcar el límite entre magia y religión, mitología, superstición, mántica, medicina. El criterio adoptado para hacerlo es perfectamente correcto, desde el punto de vista filológico al menos: «Devant la difficulté de reconnaître avec certitude les traits particuliers à la magie, devant l'ambiguïté et l'indécision de ses domaines... il a paru plus sage de rechercher un critère extérieur, et de s'en remettre aux auteurs. Nous considérons donc comme magique ce que les poètes reconnaissent et présentent eux-mêmes comme tel» (p. XI).

La obra se estructura en tres partes perfectamente delimitadas: I) Técnicas tradicionales del mago; II) Modelos literarios y fuentes populares; III) Los poetas del siglo de Augusto. En la primera se estudian los ritos que aparecen como normales en los poetas consultados, agrupados en capítulos según las técnicas: ceremonial mágico, dioses de los magos, ritos del agua, del fuego, instrumentos de magia, filtros, descendimiento de la Luna, son los grandes apartados en que se distribuye el material. Naturalmente, es imposible en una reseña dar cuenta de todos y cada uno de estos apartados; llama poderosamente la atención el estudio del instrumental mágico, clasificado por el material de que está hecho; no menos los diversos tipos de filtros, realizados con sustancias minerales, vegetales o animales. Aunque más conocido, es muy interesante el examen de la magia del descendimiento de la Luna, practicado sobre todo en el norte de Africa, y que perdura todavía en nuestro tiempo.

La segunda parte se articula en dos capítulos; el primero trata la magia en la poesía griega, en concreto en Homero, himnos homéricos, Hesíodo, Píndaro, los tres grandes trágicos, autores cómicos y moralistas, Sofrón, Teócrito, Calímaco, Apolonio Rodio y *Antología Palatina*. El segundo capítulo nos lleva ya a Roma, estudiando las implicaciones de una magia arcaica y de época republicana en los poetas posteriores. Curiosos, y muy interesantes, son los análisis de ciertas prácticas, como el aojamiento, todavía vigentes en muchas latitudes. La autora pone en conexión las prácticas romanas con las de otros pueblos, como los Sabinos y los Marsos, para llegar a la conclusión de la antigüedad y universalidad de aquéllas.

Una vez que A. M. Tupet comienza el análisis de la magia en los diferentes poetas, llama la atención el rigor científico con que lo hace: prueba de ello puede ser el estudio de la magia en Levio (p. 212 ss.), cuya poesía somete previamente a una crítica textual muy cuidada y digna de encomio. Lo mismo ocurre con las conjeturas a textos de Propertio (p. 366 ss.), a Ovidio (p. 348), etc.

Por último, la tercera parte se centra en los poetas de la época de Augusto, con cuatro capítulos dedicados a Virgilio, Horacio, Tibulo y Propertio, Ovidio. Tampoco aquí es posible, ni siquiera deseable, un resumen de tan amplio esfuerzo.

Se cierra la obra con una breve pero interesante conclusión (pp. 418-420), completándose el volumen con una extensa bibliografía, en la que hay que aplaudir el rigor de A. M. Tupet, que no duda en señalar con *n. u. (non uidi)* los contados trabajos que no pudo consultar, pero que supone que podrían ayudar a investigadores interesados en el tema con mejor fortuna en la búsqueda de los mismos. Un *Index locorum* y un *Index nominum et rerum notabilium* acrecientan de manera notable la utilidad del libro.

En resumen, una muestra magnífica de buena labor filológica, con el rigor llevado hasta la minucia a que nos tienen acostumbrados un número muy notable de latinistas franceses. La obra de Anne-Marie Tupet está llamada, en nuestra opinión, a ser uno más de los volúmenes «clásicos» de la Filología latina publicados, con bellísima presentación y en edición muy cuidada, por «Les Belles Lettres». Augurar que muy pronto pueda alcanzar el éxito de otros volúmenes de su colección, como los libros de Rambaud sobre César (1966), Granarolo sobre Catulo (1967), Bardon sobre los Emperadores y la Literatura (1968), Hellegouarc'h sobre el vocabulario de las relaciones y los partidos políticos, o Gérard sobre Juvenal, es la más grande alabanza (y no creemos estar exagerando) que podemos tributar al libro de Tupet.

AURORA LÓPEZ LÓPEZ

CASACELI, F.— *Lingua e stile in Accio*. Palermo, Palumbo Editore, 1976, 123 pp.

Casaceli nos regala a los estudiosos de la literatura arcaica latina con un pequeño libro —unas cien páginas— pero con un abigarrado cúmulo de ideas.

Ya en el prólogo confiesa su agradecimiento al profesor Mariotti con quien dice haber tratado todos estos problemas y haberse valido siempre de sus «preziosissimi consigli».

Hasta hoy no ha caído en mis manos un libro, referente a la épica y tragedia arcaicas latinas, que me haya agradado tanto. Nada queda en el aire; aborda todos los problemas: morfología, léxico poético, sintaxis, estilo y termina con un apéndice sobre la imitación y originalidad de Accio comparándole con el resto de los poetas trágicos precedentes.

En la primera parte —morfología y léxico poético— se abordan temas como el de las oscilaciones morfológicas en la flexión nominal y verbal, el uso de arcaísmos tanto morfológicos como lexicales, el promiscuo empleo de los compuestos nominales, tan caros de los poetas arcaicos, de los que hace un detenido estudio, estimando que la mayoría de tales compuestos aparecen, según Casaceli, como *hapax* ya originarios de Accio o bien creados por él sobre el precedente de otros más antiguos.

Como hará más adelante al considerar otros aspectos de la lengua de Accio, Casaceli justifica la introducción de los compuestos nominales, los arcaísmos y grecismos, las estructuras morfológicas de ciertos adverbios, los sufijos particulares adaptados a temas nominales y verbales, como elementos literarios destinados a conferir a la lengua una elevada solemnidad, que debe revestir todo texto poético.

En la segunda parte se tratan las peculiaridades sintácticas: parataxis e hipotaxis, el régimen verbal y los complementos del verbo. Se extiende en consideraciones específicas, sacadas del estudio de algunos fragmentos, en torno a *anacolutos*, *variatio*, presuntas transgresiones a la *consecutio temporum*, condicionadas unas veces por interferencia de la

parataxis en períodos hipotáticos y no pocas por la acción e influencia de la lengua familiar y coloquial.

A mi juicio el núcleo fundamental del libro lo constituye el estudio de los procedimientos estilísticos en Accio. No se limita a una simple enumeración y descubrimiento de recursos estilísticos, que detecta con auténtico olfato de sabueso investigador del texto de Accio, sino que se adentra en el estudio de la fuerza psicológica que dichos recursos entrañan.

Se estudian con severo juicio y profundidad el valor intencional de las fórmulas solemnes, el fenómeno de la sinonimia poética, las figuras gorgianas como el *homoioteuton* y el *homoiopoton*, la figura etimológica, la división bimembre o *dicolon*, la aliteración, la antétesis, el uso prolífero de la metáfora, que, en opinión suya, Accio emplea como un «*sforzo di poeticizzare la tendenza naturale della lingua*».

Advierte con agudeza y notable ingenio cómo el uso y conocimiento de todos los recursos poéticos en Accio están insertos en su formación lingüístico-gramatical y que ésta no es ajena a su profesión de literato, adicto a la doctrina de la escuela estoica de Pérgamo, como lo demuestran su *Didascalía*, su *Pragmática*, la *Sotadica* —añoranzas del Sota ennio— los *Parerga*, los *Annales*, con su evidente contenido hierológico, y los *Praxidica* con notables resabios de la cosmogonía estoica.

Para Casaceli tanto las particularidades sintácticas como todos los recursos estilísticos son síntomas de una tendencia clara a la connotación áulica del drama.

El estudio comparativo entre Accio y los poetas trágicos anteriores lo centra Casaceli en un hecho para él fundamental: toda la imitación que pueda encontrarse en Accio respecto a Nevio, Ennio y Pacuvio está condicionada por una ambición de hacer revivir el ejemplar a través de una experiencia personal.

Especial consideración merece la amplísima bibliografía, fundamental, a mi juicio, en obras de esta naturaleza y las no menos prolíferas anotaciones a pie de página, que, junto al contenido del libro, hacen de él una obra imprescindible para el estudioso de la tragedia arcaica latina.

MANUEL SEGURA MORENO

MINARINI, ALESSANDRA.— Q. ORAZIO FLACCO: *La Satira 1,1. Introduzione, traduzione e commento a cura di*—. Bologna, Pàtron, 1977, 163 pp.

Abre el libro una introducción (pp. 9-28) en que, tras pasar brevemente revista a los caracteres generales y a las circunstancias ambientales de la sátira horaciana, así como a su situación en el contexto y en la tradición filosófico-literaria, se centra la autora en la *Sátira 1,1*, para analizar su significado dentro del *corpus* satírico horaciano y, sobre todo, sus problemas estructurales.

Es en función de dicha estructura como se abordan otras cuestiones como la de la cronología o la de las fuentes. En lo que respecta a esto último, se llega a la conclusión de que, aunque Horacio participa aquí de un acervo común (formal y conceptual) de larga tradición, consigue, sin embargo, una obra de fisonomía original, no pudiéndose señalar un modelo concreto en la filosofía o en la literatura precedentes.

Por lo que se refiere a la estructura, para Minarini es la idea del *modus* la que constituye en eje de esta sátira y, a través de ella, del resto de las sátiras. *Modus* que refleja una racionalización de la propia inseguridad personal del poeta y que se hace exponente (esto quizá no se demuestre suficientemente) de su filiación epicúrea. *Modus* que se puede

reconocer tanto en los juicios que el poeta formula sobre los demás y sobre sí mismo, cuanto en la propia forma de expresión y en el estilo.

Vienen luego el texto (se sigue, con pocas excepciones, reducidas a la puntuación, el de Klingner) y la traducción, bastante ajustada al original latino, aunque no todo lo que, a nuestro modo de ver, cabría esperar. Así, por ejemplo, cuando se traduce *elementa prima* (v. 26) por «alfabeto» o *haud ignara ac non incauta* (v. 35) por «ben consapevole e providente» o *hiems* por «il freddo». Otras veces se introducen en la traducción desarrollos que no están en el original latino. Por ejemplo, *inuersum contristat Aquarius annum* (v. 36) = «l'Acquario rende triste di pioggia l'anno che ricomincia il suo giro»; *uenalis* (v. 47) = «gli schiavi condotti al mercato»; *tantumdem* (v. 55) = «la medesima quantità». Se aprecia también algún anacronismo como «cassaforte» traduciendo *arca* del v. 67.

Sigue al texto y a la traducción un amplio comentario (pp. 41-117) dedicado fundamentalmente a cuestiones lingüísticas y retóricas, con abundante manejo de fuentes y bibliografía.

Cierran el libro un apéndice (pp. 121-135) sobre la estructura de esta sátira, en el que se desarrollan las ideas expuestas en la introducción, un elenco bibliográfico (pp. 139-147) y dos índices (pp. 151-163), uno de autores y otro de pasajes citados.

J. LUQUE MORENO

TIGCHELER, JO.—*Didyme l'aveugle et l'exégèse allégorique*. Graecitas Christianorum Primaeva, VI. Nimega, Dekker-Van de Vegt, 1977, 196 pp.

Se considera generalmente a Dídimo como un seguidor de la exégesis alegórica, en la línea de Orígenes. Sin embargo, la cuestión no es tan simple y el a. lo muestra a través de un estudio semántico de las principales expresiones exegeticas de Dídimo en su *Comentario a Zacarías*, encontrado entre los papiros de Tura.

Tigcheler pretende descubrir la estructura y el método exegetico que Dídimo aplica en dicho comentario. Sus análisis muestran que existe una diferencia entre *πρὸς ῥητόν* y *καθ' ἱστορίαν*, al igual que entre *κατ' ἀναγωγήν* y *κατ' ἀλληγορίαν*. A partir de ahí se muestra que la correlación de estos términos responde a una estructura metodológica. La presencia de dicha estructura revela, además, que Dídimo se apoya en presupuestos hermenéuticos no formulados expresamente y en una justificación teológica de su método exegetico.

En comparación con la exégesis alegórica tradicional, la de Dídimo se diferencia en dos puntos importantes. Ante todo, las expresiones exegeticas analizadas son comprendidas y explicadas de modo diferente en ambos casos; en segundo lugar, donde para Dídimo se trata, ante todo, de una estructura hermenéutica, la teoría tradicional describe, con esos mismos términos, un sistema teológico. Ambas diferencias constituyen una aportación original de Dídimo y definen el lugar que éste ocupa en la historia de la exégesis.

Metodológicamente es un acierto de Tigcheler abordar la exégesis de Dídimo mediante un estudio semántico de sus expresiones exegeticas clave: ello evita proyectar sobre el *Comentario a Zacarías* un esquema de exégesis, frecuente en la antigüedad, pero no universalmente seguido. El autor, por lo demás, ha realizado un trabajo preciso y ágil, especialmente en su parte analítica. Sin embargo, un par de cuestiones pedirían mayor atención. La primera es la del valor del texto bíblico, inseparable de la labor exegetica: Dídimo no la abordó directamente, pero era consciente de que se trataba de un problema complejo, que condicionaba su exégesis. La segunda es la noción de «ejemplar»,

importante en toda la exégesis de este autor, especialmente como criterio para la aceptación del texto bíblico.

La obra de Tigcheler es la traducción francesa de una tesis doctoral redactada inicialmente en holandés. La traducción, cuidada en general, delata a veces la estructura holandesa del original.

ANDRÉS BARCALA

FRIIS-JENSEN, K.— *Saxo og Vergil. En analyse af 1931-Udgavens Vergilparalleller*. København, Museum Tusulanum, 1975, 102 pp.

Como ya indica el título del libro («Saxo y Virgilio. Un análisis de los paralelismos virgilianos de la edición de 1931»), se plantea en este estudio, en conjunto, el análisis de una serie de paralelismos de Virgilio citados en el aparato crítico de la edición Olrik-Raeder de 1931 del *Gesta Danorum*. Saxo Grammaticus, nacido en 1150, sacerdote que perteneció al séquito del arzobispo Absalón de Lund, el fundador de Copenhague, y del cual fue secretario, comenzó a escribir la obra alrededor del año 1186, estimulado por los consejos de su protector. Al morir Absalón, su sucesor Andreas le animó del mismo modo a concluir la obra.

En el capítulo I traza el autor la historia de las investigaciones en las fuentes estilísticas de Saxo, con algunos ejemplos característicos de paralelismo entre Saxo y sus principales fuentes (Valerio Máximo, Justino, Marciano Capela, Curcio Rufo), añadiéndose a éstos Virgilio, Ovidio, Salustio, Lucano, Prudencio, Amiano Marcelino, Horacio, Juvenal, Séneca, Cicerón y Gautier de Châtillon. Además, Saxo se basa en las exposiciones históricas de Islandia y de Noruega, así como en un historiador británico (Lucas), que ha sido la fuente principal de la tradición oral concerniente a las Islas Británicas y al norte de Francia. Pasa después el autor a una argumentación en favor de Virgilio como el mejor punto de partida para un estudio renovado de los modelos poéticos de Saxo. Finalmente, rechaza algunas tesis que tienden a demostrar un parentesco temático entre Saxo y Virgilio, e indica la necesidad de un análisis crítico de las relaciones lingüísticas entre ambos.

El capítulo II trata sobre los problemas del método y terminología, partiendo de las teorías del sueco Ivar Ljungerud, englobadas bajo las siguientes categorías: «parentesco elemental», «parentesco histórico» (esta categoría compendia también las «reminiscencias inconscientes», es decir, las fórmulas y expresiones transmitidas por vía indirecta, pero cuyo origen puede ser determinado, así como todas las demás similitudes debidas a la lengua común, «préstamos» [con varias subclases: «citas», «paráfrasis», «préstamos asociativos» y «préstamos neutros»]). Finalmente, como axioma metódico principal admite que cada paralelismo, tomado aisladamente, debe admitirse como probable o verosímil tanto como el préstamo, antes de ser asimilado al material de base del trabajo ulterior.

En el capítulo III son inventariados y evaluados en función de Saxo los diferentes grupos de fuentes posibles de reminiscencias virgilianas: florilegios, gramáticos (con sus numerosas citas virgilianas), glosarios, obras literarias con préstamos virgilianos. Cualquier escritor clásico o medieval que se haya podido sospechar que fue conocido por Saxo puede ser considerado como mediador de reminiscencias virgilianas. Algunos de estos textos pueden ser despojados con la ayuda de diccionarios y léxicos especializados, pero la mayoría de ellos no pueden ser abordados más que por la lectura aprendida previamente de memoria de los pasajes en cuestión de Saxo y Virgilio.

En un aspecto más concreto, el aparato de notas (todas a pie de página) nos parece particularmente bien hecho. Muy útiles resultan las indicaciones biográficas de diversos personajes, relacionados de alguna manera con el humanista, que la autora incluye sistemáticamente como notas.

El capítulo más largo es el primero (ocupa 81 páginas) y en él se hace un hondo y serio recorrido por la vida de Núñez. Dentro de esta parte (muy interesante en su totalidad) hay aspectos que cabe resaltar. Así el que describe la actitud de Núñez hacia el movimiento comunero (su militancia en la Comunidad le cuesta la salida de la Universidad de Alcalá). Tampoco faltan detalles anecdóticos, como la actitud (verdadera aversión) del Pinciano hacia los médicos («cualidad», por cierto, de las más comentadas por sus contemporáneos). También está recogida su polémica con el famoso médico de Carlos V, el doctor Francisco López de Villalobos.

Este capítulo se cierra con un apartado dedicado al juicio de los contemporáneos, en el que se vierten las opiniones favorables de colegas y discípulos, opiniones que, como en el caso de Lucio Marineo Sículo, le colocan por encima de Nebrija.

El capítulo segundo está dedicado por entero a la glosa que hizo Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena, para continuar en el siguiente con el estudio de la personalidad del humanista («En busca de la fisonomía del Comendador»). La autora busca los datos no sólo en la biografía de A. Escoto (en la que la personalidad de Núñez no está expresada claramente), sino en los comentarios del propio Pinciano vertidos en las glosas a las *Trescientas*. Se estudian también su lengua y estilo y se analizan, finalmente, sus posibles conexiones con el pensamiento erasmista.

El «hacer» filosófico de Hernán Núñez se nos muestra en los tres siguientes capítulos (IV, V y VI). En el primero de ellos («El Comendador griego corrige a Séneca») se recogen las enmiendas de Núñez que reconoce la edición de Beltrami (*L. Annaei Senecae ad Lucilium Epistulae Morales*, Roma 1937).

En el capítulo VII, último del libro, la autora analiza el entusiasmo que, en la última parte de su vida, produjo en Núñez la sabiduría de los no letrados que encierra el refranero. Se estudia el tema profundamente, deteniendo su atención en el refrán hasta que llegó al Pinciano, el refranero de éste, los caminos por los que Núñez colecciona sus refranes y lo que pretendió con ello.

Finalmente, hay tres apéndices. En el primero, muy interesante, la autora, aportando todos los datos posibles, se centra en la figura del maestro Francisco Núñez de la Yerva, a partir del error de Frick en el *Index Notarum* de la *Cosmografía* de Pomponio Mela (Teubner). El segundo apéndice es la lista de incunables de la biblioteca de la Universidad de Salamanca anotados por el Pinciano, y el tercero las ediciones de las obras de Hernán Núñez utilizadas en el libro. El trabajo finaliza con la lista de las abreviaturas bibliográficas y con un índice.

Se trata de un libro importante que contribuye a rellenar el desierto que es el estudio del panorama humanístico español.

BERNARDO SOUVIRÓN GUJO